

104

Compendio de la Academia



CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

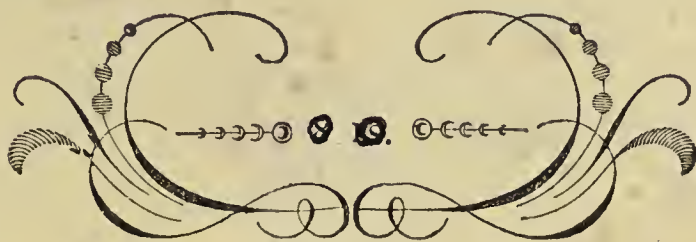
LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

S.

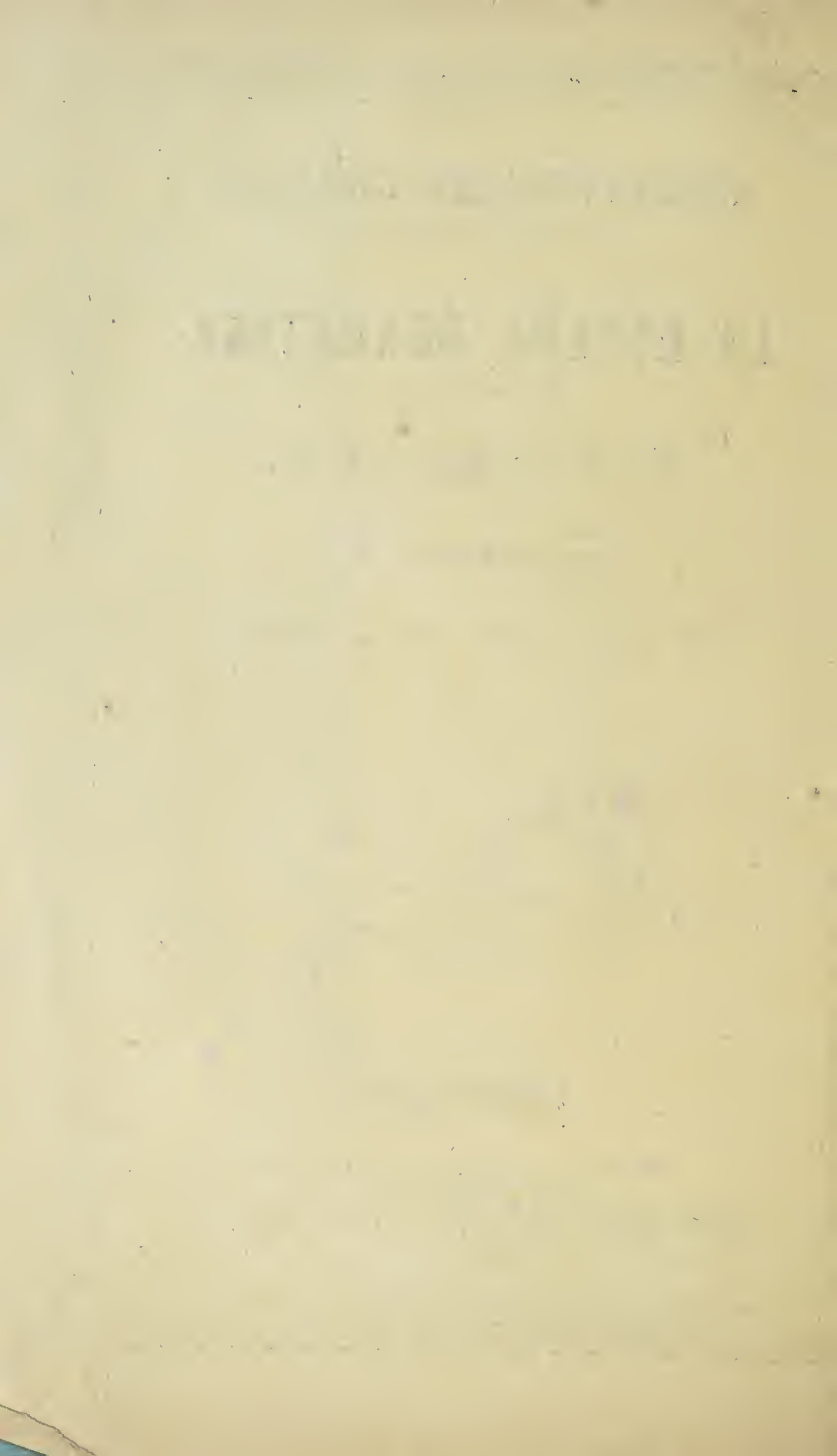


MADRID:

RIOS,
Calle de Carretas.

CUESTA,
Calle Mayor.

IMPRENTA DE FORTANET, GREDAS 7.



PROPIEDAD.

El *Círculo Literario Comercial* ha adquirido la propiedad de esta obra por escritura pública de 21 de Enero de 1850, y como su exclusivo propietario perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó sociedad formada por acciones, suscripciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á las reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y 5 de Mayo de 1847.

Se considerarán como reimpresos furtivamente los ejemplares que no llevasen la contraseña reservada del *Círculo Literario Comercial*.

Articulos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señalada, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art. 10 del Reglamento del Teatro Español de 7 de febrero de 1849.*

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art. 11.*

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art. 12.*

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda.» *Idem art. 13.*

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximo de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el mínimo la mitad.» *Art. 59 del decreto orgánico de Teatros del Reino, de 7 de febrero de 1849.*

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer orden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art. 60.*

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art. 78.*

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria.» *Idem art. 81.*

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuneios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el texto sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el articulo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art. 82.*

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.^a Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el previo consentimiento del autor.

2.^a Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de 10 de junio de 1847, art. 17.*

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin previo consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni exceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem. art. 23.*

BERNARDO DE SALDAÑA,

DRAMA HISTÓRICO TRADICIONAL,

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

D. Ventura Ruiz Aguilera

Y

D. Francisco Goya.

Representado en el teatro del Príncipe.



MADRID:—1848.

Imprenta de D. L. Cordon, calle del Molino de Viento, núm. 23.

717627

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

Esta comedia es propiedad de don Dámaso Aparicio quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino ó en alguna otra sociedad, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1847, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán como reimpresos furtivamente todos los ejemplares que no lleven la rúbrica que al pie se estampa.

PERSONAS.

ACTORES

D. Alfonso el Casto, rey de

Leon *D. Pedro Lopez.*

La Reina Berta. *Doña Plácida Tablares.*

Doña María de Melendez . . *Doña Teodora Lamadrid*

Bernardo de Saldaña. . . . *D. Julian Romea.*

D. Velasco de Melendez . . *D. José Pló.*

D. Arias Godos. *D. Pedro Sobrado.*

El Alcaide de Luna.

Un caballero

Leoneses 1.º, 2.º y 3.º

Montero 1.º.

Id. 2.º.

Id. 3.º.

Id. 4.º.

Un page.

Damas, caballeros, pages, monteros.

**El acto primero pasa en un monte;
el segundo y tercero en el palacio del
rey, en Leon.**

ACTO PRIMERO.

Gran tienda de caza con tres entradas, una en el fondo y dos laterales, en cuyos lienzos debe haber colgados algunos objetos de montería, como arcos, venablos, cuchillos, pieles de reses, sillas de montar, etc. En segundo término, monte con senderos practicables en varias direcciones. Empieza á oscurecer. Aparecen dentro de la tienda cuatro monteros sentados alrededor de una piedra sobre la que hay colocados algunos manjares.

ESCENA I.

MONTEROS 1.º, 2.º, 3.º y 4.º

MONTERO 1.º Escancia, voto á un venablo! (al 2.º.)
que de andar por la montaña
con el calor de la tarde,
tengo una sed que me abrasa.

MONTERO 2.º Alla vá. (dándole un vaso de vino.)

MONTERO 3.º ¡Cuerpo de Cristo!
¡Sin hablar una palabra
lo apuré;

MONTERO 1.º ¡Sabroso aloque!

MONTERO 2.º En sus bodegas lo guarda
el mismo Rey don Alfonso.

MONTERO 1.º Es como de Rey.

MONTERO 4.º Escancia.

pues, aunque poco de viñas
á mi magin se le alcanza,
al oir tales estremos
se me hace la boca un agua.

MONTERO 1.º Vaya en trueque un sendo trozo (al 2.º)
de jabalí; condenada
res, que pudo hacer gigote
de Bernardo de Saldaña.

MONTERO 3.º ¿Con que Bernardo....

MONTERO 1.º Bernardo

se lanzó á la bestia brava,
clavándola hasta el remate
un cuchillo en las entrañas.
Viérais la rabiosa fiera
cou los ojos como brasas,
lamer la nervuda mano
de Bernardo, ensangrentada;
parecia demandarle
compasion con sus miradas..

MONTERO 4.º ¡Famoso mozo ha de ser
con el tiempo!

MONTERO 3.º Toda España
se hace lenguas de su brio,
y se cuentan sus hazañas
del palacio de los reyes
hasta la choza ignorada.

MONTERO 1.º Eso sí, ¡voto á mi cuerpo!
En el campo de batalla
no hay otro como su brazo
y es la primera su lanza.
Si es con los hombres valiente,
es rendido con las damas:
cristiano como ninguno,
diestro y ágil en la caza.
Y, por Dios crucificado,
que tales prendas, y tantas
victorias como consigue
de la canalla africana,
merécian otro pago
del Rey Alfonso

MONTERO 2.º El canalla.

será quien del rey murmure;
 tenga, pues, la lengua osada,
 y, como huenos amigos,
 vamos platicando en calma.

MONTERO 1.º ¡Cuerpo de tal! ¡Calma dice
 cuando el buen conde D. Sándias,
 en el castillo de Luna
 llorando la vida pasa?

MONTERO 2.º Quien tal hizo que tal pague.
 ¿No se casó con la infanta
 doña Gimena, en secreto?

MONTERO 1.º Ciertamente.

MONTERO 2.º ¿Y no es hermana
 de Alfonso Doña Gimena?

MONTERO 1.º Tal entiendo.

MONTERO 2.º Pues la causa
 no es otra de los rigores
 que padece el de Saldaña.

MONTERO 1.º Pero Bernardo es su hijo,
 y ha ganado con la espada
 el perdon para su padre,
 para el Rey tierras y fama.

MONTERO 3.º Dice bien.

MONTERO 2.º Yo soy montero
 del Rey, Alfonso me ampara,
 como de su pan, y juro
 no tolerar que en mis barbas
 nadie imagine siquiera
 que en su honor puede haber mancha.
 Apuremos otro vaso, (*levántándose y*
y demos por terminada echando vino en
la disputa. Ya la noche los vasos)
 tambien por el monte avanza,
 y vendrán los caballeros
 á este valle en retirada.

MONTERO 4.º Vaya este por la salud
 del Rey Alfonso! (*Bebe.*)

MONTERO 3.º Pues vaya
 este por todos vosotros! (*Idem.*)

MONTERO 1.º Pues yo, porque el conde salga
 de la torre; y ¡malos tigres

destrocen entre sus garras,
al que diga lo contrario,
de Dios abajo!

MONTERO 2.º ¡O recata
la vil lengua, ó á los perros
la tengo de echar!

MONTERO 4.º ¡Mal haya
tanto beber! (*conteniéndoles.*)

MONTERO 1.º ¡Con mis puños.....

MONTERO 2.º ¿Se viene con amenazas
á mí? ¡Háse visto un bellaco
mas lenguaraz! Pero, calla!
D. Velasco de Melendez (*bajan por el*
viene hácia aqui. monte D. Velasco y

MONTERO 4.º ¿No es don Arias *D. Arias.*)
el otro?

MONTERO 3.º El es.

MONTERO 2.º Vamos fuera
de la tienda.

MONTERO 1.º ¡Pese á mi alma! (*Amena-
zando al 2.º*)

MONTERO 2.º Fuera digo, y no replique, (*Saten.*)
y duerma, que le hace falta. (*Suena una
vocina en el monte.*)

ESCENA II.

D. ARIAS. D. VELASCO.

VELASCO. ¿Oisteis?

ARIAS. Sí.

VELASCO. La batida
á terminarse está prócsima,
y nos resta poco espacio
para departir á solas.
Con que deciais....

ARIAS. Decia
que há tiempo mi calma roba
un pensamiento, en que cifro
de mi ecsistencia la gloria.

VELASCO. Pues no sé, y así me asista

la Virgen de Covadonga,
que os falte, amigo don Arias.
¿No son en Leon notorias
vuestra riqueza y alcurnia?
¿Quién mas que don Arias goza
el favor del Rey Alfonso,
como la fama pregona?

ARIAS. Aun no me habeis comprendido.

VELASCO. No se me alcanza gran cosa
en eso de adivinar
lo que no dice la boca.

ARIAS. Pues atended. ¿Nos escuchan?

VELASCO. Nadie veo que nos oiga,
sino los robles del monte
y las peñas de esa loma.

ARIAS. Teneis una hermana.

VELASCO. El cielo

me la dió, y en ella adora
el corazon de su hermano....

Mas vamos á lo que importa.

ARIAS. Es su belleza estremada.

VELASCO. ¡D. Arias, tanta lisonja!

ARIAS. ¡Lisonja, cuando es la estrella
de Leon, cuando se postran....

VELASCO. Sea así, puesto que os place;
mas lo que decir me toca,
es que está la de Melendez
bien hallada con su honra.

ARIAS. Pues bien, Melendez, hagamos
un trato, si os acomoda;

á vos podrá conveniros
y á mí la vida me torna.

VELASCO. Sepamos que es ello.

ARIAS. Yo amo

á vuestra hermana.

VELASCO. En buen hora.

ARIAS. Y si no hay de parte vuestra
inconveniente, las bodas
nuestras concertar pudiéramos
entrambos solos ahora.

¿Qué os parece?

- VELASCO. Me parece la propuesta ventajosa.
Huérfana doña María,
yo solo de su custodia
respondo, y yo de su suerte
dispondré cual corresponda.
Vuestra será.
- ARIAS. ¡Dicha tanta
por increíble me asombra!
- VELASCO. Mas antes, las condiciones
acceptareis que os imponga.
- ARIAS. Las acepto.
- VELASCO. Poco á poco,
eso lo dirán las obras.
- ARIAS. ¿Vais á hablarme de mi dote?
Es el de un Rey.
- VELASCO. ¡Tanto monta!
Y tened por entendido
que á mi hermana no se compra,
pues vale doña María
mas que la mejor corona.
Entendámonos.
- ARIAS. (Adónde
irá á parar?)
- VELASCO. Hay quien llora
encerrado en un Castillo,
sin que en su duelo le acorran
mas que esperanzas sin fruto,
palabras que se malogran,
mientras los años consumen
su vida, con huellas hondas.
- ARIAS. (Saldaña es sin duda.) Nada
comprendo.
- VELASCO. ¿Nada? Pues cosa
es de comprender muy fácil
si acudís á la memoria.
- ARIAS. No recuerdo....
- VELASCO. El de Saldaña,
por causas que nadie ignora,
del Rey don Alfonso el Casto:
sufre las iras. Piadosa

y recta es su ley con todos,
y no se viera en su historia
á ser blando con el Conde
señal de borron ó sombra.
Le haceis justicia.

ARIAS.

VELASCO.

Justicia

que sus bondades le otorgan;
mas su porte con don Sándias
nadie en el reino le abona.

Ya es su rigor estremado.

ARIAS.

Mi opinion no se conforma
con la vuestra, y perdonadme;
pues culpas hay que no borran.....

VELASCO.

Convengamos en que enorme
la culpa fué: ¿Mas qué gloria
hay mayor, que la de un Rey
cuando á un culpable perdona?
Si un Rey es de Dios imágen,
nunca es la imágen mas propia
que cuando todos sus actos
respiran misericordia.

ARIAS.

Mal á puerto sacariais
un estado que zozobra
de ese modo. Muchas veces
la paz del reino reposa
en cumplir con esas leyes
que severas se os antojan.

VELASCO.

Harto lo sé. Mas, decidme,
si el decirlo no os enoja:
¿Está bien que su palabra
un Rey fácilmente rompa?
Respondedme sin rodeos.

ARIAS.

¿Y qué quereis que os responda?
Soy Leonés, y en mi tierra
difícilmente se topa
quien no cumpla lo que ofrece;
y esto su honor acrisola.

VELASCO.

Pues bien: el Rey á Bernardo
prometió por sus victorias
la libertad de su padre....
mas ya veis como se porta.

ARIAS. Pero vuestras condiciones.....

VELASCO. A eso voy. Puesto que os sobra hoy valimiento en Palacio, quisiera que sin demora le emplearais en favor del de Saldaña.

ARIAS. ¿No es otra la condicion?

VELASCO. No por cierto.

ARIAS. Mi empeño por todo arrostra; con que acabad.

VELASCO. A la Reina vais á interesar, de forma que salga libre don Sándias de Luna, sin mas discordias.

ARIAS. ¿Y si la Reina se opone?

VELASCO. Si nuestros planes no apoya, no faltarán otros medios para dar cima á la obra.

ARIAS. Y esos medios....

VELASCO. Vos amigos teneis.....

ARIAS. ¡Oh! sí: ¿Mas quién osa.....

VELASCO. Los míos estarán prontos, á seguirme.

ARIAS. ¡Idea loca!

VELASCO. Vamos á Luna, y sacamos al Conde, sin que persona alguna sepa que vos una mano generosa al de Saldaña tendisteis. Ya con Alfonso se agota el sufrimiento; y pues nada su fallo severo dobla, ni Bernardo quiere á fuerza lo que de grado no logra del Rey, salgamos nosotros á demanda tan heróica. El Conde es mi tío, el Conde de la esclavitud odiosa libertó á mi padre un dia,

y á mi pagarle me toca.
 Además, doña Jimena
 que en clausura rigurosa
 pasa su vida, también
 nuestros socorros implora
 para el Conde; y á la Infanta
 obligacion me es forzosa
 servir, pues se lo he jurado,
 y el no cumplir me sonroja.

ARIAS. Mucho me pedís. Melendez....

VELASCO. Pues ved que espero muy pronta
 respuesta.

ARIAS. Pero.....

VELASCO. Don Arias,
 contestad sin ceremonia.
 Aceptais? decid.

ARIAS. Acepto.

VELASCO. Pues mirad lo que os importa
 mas.... ó libertais al Conde,
 ó no se hará vuestra boda.

ESCENA III.

Dichos. MONTEROS 1.º y 2.º DESDE ARRIBA.

MONTERO 1.º ¡Eh! Los de allá. (*á D. Velasco y don
 Arias*)

ARIAS. ¿Habeis oido? (*á D. Ve-
 lasco.*)

MONTERO 2.º Caballeros, pronto corran,
 echen el valle adelante,
 pues el caballo que monta
 una dama de la reina
 vá desbocado, y le acosa
 una rés. (*vánse los monteros.*)

VELASCO. ¡Malos demonios
 á todas las reses coman! (*Váse D. Ve-
 lasco con don Arias.*)

ESCENA IV.

MONTEROS 3.º y 4.º POR ARRIBA.

MONTERO 3.º Por esta vereda... (reconociendo.)

MONTERO 4.º Nada,
no se mueve ni una hoja.MONTERO 3.º Tiremos por la derecha,
que aunque el infierno le esconda
hemos de dar con el rastro
ó me cuelgo de una sogá.

ESCENA V.

BERNARDO Y DOÑA MARIA DESMAYADA EN SUS BRAZOS Y
CON LOS CABELLOS DESORDENADOS.

MARIA. ¡Bernardo!

BERNARDO. Volved en vos.

MARIA. ¡Cómo pagar tal servicio!

BERNARDO. Al borde de un precipicio
estábais ya, vive Dios!
y en el confuso horizonte
la negra noche asomaba;
cuando yo solo tornaba
del otro lado del monte.
Di voces á nuestra gente
¡Ah de los míos! En vano,
ni por monte ni por llano
andaba un alma viviente.
El bruto indómito y fiero
ya á sugetar no acertábais...
un paso mas y rodábais
por aquel despeñadero.
Entonces echo pie á tierra,
dejo el caballo á su instinto,
saco la honda del cinto
que me acompaña á la guerra;
cojo una piedra del suelo,

colócola, y restallando,
rápida sale zumbando
como el huracan del cielo.
Y que no iba mal barrunto
pues en el cráneo se hundió
del caballo, que cayó
á vuestras plantas difunto.
Es digna de vos la hazaña,
primo.

MARIA.

BERNARDO.

Si se considera,
lo mismo haria cualquiera
que Bernardo de Saldaña.
Pésame que en tal estima
la tengais, siendo en mí ley
servir lealmente al rey,
á mi padre y á mi prima.
Y quisiera ver mejor,
digooslo como lo siento,
menos agradecimiento
en vos, pero mas amor.
En esta ruda franqueza
descortés quizás me halleis,
pero, prima, ¿qué quereis?
está en mi naturaleza.
Ya las fieras persiguiendo,
ó ya alanceando toros,
ó en guerra contra los moros
á la par que iba creciendo;
Por compañera la lanza,
por vestido la armadura,
por lecho la tierra dura
y puesta en Dios la esperanza;
Muy mal podrá su pasion
esplicar al dueño amado,
un mozo que se ha criado
en los montes de Leon.

MARIA.

BERNARDO.

No es eso, Bernardo.

Luego

no me quereis?

MARIA.

BERNARDO.

¡Oh! tampoco.

¡Rayo de Dios! estoy loco

pues no comprendo este juego.
¿Mi nobleza no me abona
tambien?...

MARIA.

Desmasiado acaso,
pues podeis con dar un paso
ceñiros una corona.

BERNARDO.

Entonces...

MARIA.

Vana porfia
es la vuestra.

BERNARDO.

¡Qué arrogancia!

MARIA.

Considerad la distancia
que os separa de Maria.
Dama de la reina soy,
y nada mas.

BERNARDO.

Por Dios vivo!

MARIA.

Y vos sois hijo adoptivo
del Rey.

BERNARDO.

Entendiendo voy
todo.

MARIA.

Sin otro heredero...

BERNARDO.

El reino vendrá á mis manos,
y mis juramentos vanos
ya juzgais, á lo que infiero.

MARIA.

Tampoco es eso.

BERNARDO.

Acabad.

MARIA.

Sucesion Alfonso espera,
y os casaria aunque fuera
contra vuestra voluntad.
¿Qué podreis decirle vos
entonces?

BERNARDO.

El pecho mio
es libre, y en mi alvedrio
nadie reina mas que Dios.

MARIA.

¿Os revelárais?

BERNARDO.

Tal vez
como tal cosa intentára
diciéndole cara á cara
lo que cumple á mi altivez.
Vasallo suyo nací
y mi respeto es profundo,
mas no es Alfonso el segundo

quien puede mandar aqui. (*La mano
al corazon.*)

¿Os quedará todavía
de mi amor algun recelo?
decídmelo por el cielo.
¡Oh! ya no, por vida mia.
Y es justo que aqui confiese
que bien de Bernardo sé
que una palabra que dé
la cumple, pese á quien pese.
Ni ya ocultar es razon
que queriéndoos á vos, quiero
al mas bravo caballero
que tiene el rey de Leon.
Quando la rónca trompeta
sónaba de las batallas
desde las fuertes murallas
de los hijos del Profeta;
Vos el primero á lidiar
marchábais con vuestra gente,
como furioso torrente
que se precipita al mar.
Y siempre con tal fortuna
ibais contra esos villanos,
que ante el sol de los cristianos
se hundia la media luna.
En silencio os admiraba,
y, aunque oculta, mi pasion
en lo hondo del corazon
un altar os levantaba.

BERNADO. ¿Qué resta ya á mi ventura
con vuestro amor, que es mi encanto,
si las cadenas quebranto
de mi padre, que en oscura
torre, está sin esperanza?

MARIA. Dios vela por él y vos.

BERNADO. Porque á él le amparára Dios
perdiera yo..... hasta mi lanza.
De Alfonso la voluntad
se cumpla, acato su ley;
mas su palabra de rey

me ofreció la libertad
de mi padre; mal podría
faltar, y entonces mi mano
unirá mi padre anciano
á esta mano, prima mia. (*Se la besa.*)

ESCENA VI.

Dichos. LA REINA, DESPUES, EL REY, DON ARIAS, DON VELASCO, DAMAS Y CABALLEROS QUE BAJAN DEL MONTE.

- REINA. (Oh! á Dios gracias se ha salvado!
A penas puedo á mi vista
dar crédito!) Dios os guarde.
- BERNARDO. El conserve vuestra vida
por largos años, señora.
- REINA. ¿Parece que á vuestra prima
le ha sido fatal la caza?
- MARIA. ¡Hermano!..... (*Viendo á D. Velasco.*)
- VELASCO. ¡Doña Maria! (*Abrázán-
dola.*)
- MARIA. Señora! En peligro estuve, (*á la reina.*)
pero pasaba por dicha
cerca Bernardo.....
- REY. ¿Qué es ello? (*lle-
gándo.*)
- BERNARDO. Nada, señor, referia
la de Melendez el lance
triste, de que la divina
providencia la ha sacado.
- MARIA. Por vuestro brio; permita
vuestra modestia, que así
lo publique agradecida.
- ARIAS. (¡Siempre Bernardo! Jurára
que se aman los dos.)
- REY. Pues iba
el corcel como un relámpago,
sueltas entrambas las bridas,
sin mirar en su carrera
estorbos ante la vista,

ya de los espesos matorrales,
ya de robustas encinas.

Por vos á temer llegamos,
pues nadie nuevas traia,
ni os hallaban mis monteros
á pesar de sus pesquisas,
cuando conocen del monte
las mas ocultas guaridas.

Bernardo, llegad aquí,
y dejadme que os reciba
en mis brazos.

BERNARDO.

A los míos
venid! (*doblando una rodilla*).

REY.

Alzad la rodilla,
montero mayor. (*poniendole una mano
en el hombro.*)

BERNARDO.

Tal honra!

REY.

Lo sereis desde este día.

VELASCO.

(Bien merecido lo tiene.)

ARIAS.

(No sé como me reprima.)

ESCENA VII.

Dichos, UN CABALLERO.

CABALLERO. Señor!

REY. ¿Qué ocurre?

CABALLERO. Este pliego
viene para vos. (*da el pliego y se re-
tira.*)

REY. Noticias
debe traer importantes,
cuando al monte me lo envían. (*lo
abre.*)

ARIAS. ¿No adivinais.... (*á Velasco.*)

VELASCO. No adivino. (*á Arias.*)

REY. (Veamos antes quien firma

el pergamino.... El Navarro!

¡El rey D. Iñigo Arista!

Pues no sospecho.... ¡Qué veo!

Iré, por la cruz bendita,
que es el navarro mi amigo
y no en vano en mí confía.)
Caballeros, dad la vuelta
á Leon, pues se avecina
la noche.

REINA. Y vos, don Alfonso,
no venís?

REY. Sí, mas me obliga
mi deber á detenerme
unos instantes: que os sigan
todos estos caballeros
del monte hasta la salida.

REINA. Y allí.....

REY. Pronto os daré alcance.
Vos no os vayais. (*á Bernardo.*)

ARIAS. Si precisa
juzgais señor mi presencia?....

REY. Quedad en mi compañía.

ESCENA VIII.

EL REY, BERNARDO, DON ARIAS, MONTEROS FUERA DE LA
TIENDA.

REY. Bernardo, vais á partir
al instante.

BERNARDO. ¿Dónde voy?

REY. A Navarra.

BERNARDO. Pronto estoy
lo que ordeneis á cumplir,
REY. Del Navarro por la tierra
con insolente arrogancia,
va el emperador de Francia
llamándonos á la guerra.

BERNARDO. ¿Y con qué derecho justo....

REY. Lo ignoro.... su voluntad;
y pues no quiere la paz....
fuerza será darle gusto.
Bien sabe Dios que lo siento,

mas guante que aquí se arroje
viviendo yo, se recoge....
aun no me falta el aliento.
Dícenme que me ha jurado
guerra á muerte.

ARIAS.

¿Eso juró?

REY.

Porque no he cumplido yo
lo que habíamos pactado.

BERNARDO.

¿Y ese pacto....

REY.

No le abona:

sin heredero me vi,
y ya sabeis que ofrecí
entregarle mi corona.
Mas poco pueden los reyes
y sus débiles resortes
contra el fuero de las Córtes
y el mandato de las leyes.
Opúsose la nobleza,
y, sin mostrarme su encono,
llegó el pueblo al pié del trono
y me habló con entereza.
¿En tal extremo, qué hacer?
El pueblo se revelaba,
si á Carlo-Magno entregaba
con la corona el poder.
Si, por serme conveniente,
mi palabra no cumplia,
á reclamarla vendria
Carlo-Magno con su gente.
Mas pronto resolución
tomé, pensando despues
que á mí no me dió un francés
la corona de Leon.

BERNARDO.

¡Bien hecho, cuerpo de tal!

ARIAS.

Y por eso, á lo que veo,
de allende del Pirineo
viene:

BERNARDO.

Pues viene muy mal.
Cada pueblo otra Numancia
será; la nacion que doma
á Oriente, Cartago y Roma.....

- domará también á Francia.
- REY. De vuestra lealtad y brio,
mucho, Bernardo, esperamos.
- BERNARDO. Haremos lo que podamos.
- REY. En vuestro esfuerzo confío.
- ARIAS. Javalí de fiera raza
es el francés.
- BERNARDO. ¡Por quien soy
que mas brava que la de hoy
no ha de ser aquella caza.
Y llévenme malos diablós
si no vá por esos cerros
acosada por mis perros
y herida por mis venablos.
Mas antes, sepamos donde
tiene la cama, y allí
la cogeré, pesiamí.
- REY. En Roncesvalles se esconde.
- BERNARDO. Está bien.
- REY. ¿Ireis?
- BERNARDO. Iré
aunque fueran ellos mas;
no retrocedo jamás
de donde pongo mi pié.
Y me augura el corazon,
qué tal fortuna tendremos,
que hasta á los niños oiremos
cantar despues en Leon,
en los campos y en las calles,
viendo tal caza de reses,
«Mala la hubisteis, franceses,
»en esa de Roncesvalles!»
- REY. ¿Qué decis vos? (á D. Arias.)
- ARIAS. Yo no digo
mas, que es caza muy arriesgada.
- BERNARDO. ¡Qué diga quien tiene espada
que le asusta el enemigo!
- ARIAS. ¡Ira de Dios! (irritado.)
- REY. Caballeros....
¿qué soy el Rey no mirais?
- BERNARDO. Callaré; vos lo mandáis,

y solo se obedeceros.
¿Y vos no vendreis, señor?
Será fiesta divertida.

REY. Así que esté prevenida
la gente. De Embajador
vais ahora mismo á Navarra,
á decir á Iñigo Arista
que sin temor se resista
mientras el león su garra
aguza aquí; que no dude,
y que antes de mucho, cuente
con que iré yo con mi gente
á verle, si Dios me acude.

BERNARDO. Lo haré así. Y, aunque no os cuadre,
Señor, os recordaré.....

REY. Cuando volvamos, daré
la libertad á tu padre.

ARIAS. (Palabras que lleva el viento!
Oigamos.)

BERNARDO. Señor....

REY. Acaba.

BERNARDO. Es que también recordaba,
que ya, por darme contento,
promesa tan lisongera
me hicisteis dos veces.

REY. ¿Dos?

No me acuerdo.....

BERNARDO. ¡Quiera Dios (*con in-*
que os acordeis la tercera! *tencion*)
Bernardo!

BERNARDO. Soy Castellano.

REY. Soy tu Rey.

ARIAS. La lengua enfrene. (*á Bernar-*

BERNARDO. Cuando se habla aquí, se tiene *do.*)
el corazón en la mano. (*á D. Arias.*)

ARIAS. (Qué atrevido!)

BERNARDO. Y maravilla
me causa escuchar tal queja,
siendo costumbre muy vieja
el ser francos en Castilla.
No entiendo yo de estos juegos,

mas si no comprendí mal, (al Rey.)

me hicisteis promesa igual
si vencia á los gallegos.

Y los vencí, bravos toros

me cojan si no faltásteis,

y sino la renovásteis

cuando fui contra los moros.

Sé lo que al rey debo yo,

mas no sé si alguna ley

manda que prefiera al Rey

al padre que me engendró.

REY.

Basta, Bernardo,

BERNARDO.

Sí; basta.

REY.

¿Ireis á Navarra?

BERNARDO.

Sí:

que el amar al rey á mi,

señor, me viene de casta.

REY.

El cielo os guarde, sobrino.

BERNARDO.

La virgen vaya con vos. (*Acompañan-
dole hasta fuera de la tienda. Váse el
el Rey con los monteros.*)

ARIAS.

Tenemos que (*á Bernardo tocándole
en el hombro.*)

hablar los dos.

BERNARDO.

(Por mí vida que no atino...)

ESCENA IX.

D. ARIAS. BERNARDO.

BERNARDO.

Podeis comenzar al punto.

ARIAS.

Antes la mano me dad.

BERNARDO.

No comprendo... mas tomad,
si es empeño, y al asunto.

ARIAS.

Habeis hablado con brio
al Rey.

BERNARDO.

(Sospecho un amaño.)

No tiene nada de extraño;
qué quereis? Carácter mio.

Si fué ó no fué con razon
ya no hay remedio, paciencia...
mas dejemos en su ausencia
aquesta conversacion.

Es mi rey, y le venero;
¿Hay algo que os impaciente?
decídselo frente á frente,
si os precias de caballero.

ARIAS.

No me entendeis.

BERNARDO.

¡Puede ser!

Esplicaos con franqueza,
á ver si es tal mi rudeza
que no os acierte á entender.

ARIAS

Años há. ¡Triste es decillo!
que está vuestro padre ancian
por decreto soberano
encerrado en un castillo!

Y su desventura es fiera,
pues quien sacarle ofreció
á dos palabras faltó,
y faltará á la tercera.

BERNARDO.

¡Rayo de Dios! Acabad.

ARIAS.

Debiérais tachar de ingrato.

BERNARDO.

¿De ingrato á mí?

ARIAS.

Sí, pues trato
de darle la libertad.

Y lo diré aunque no os cuadre:
al escucharos, colijo
que no merece tal hijo
ser hijo de tan buen padre.

BERNARDO.

¿Eso colegís?

ARIAS.

Sí á fé;
perdonad si os incomodo...

BERNARDO.

Oh! no! decidmelo todo
que luego os contestaré.

ARIAS.

No tengo mas que añadir.

BERNARDO.

¿Nada mas? Pues escuchad;
al proyecto renunciad,
que yo no le he admitir.

ARIAS.

¡Cómo! ¿poneis embarazo?..

BERNARDO.

No quiero á estraños deber,

lo que puedo yo obtener
con mi espada y con mi brazo.

Si don Alfonso me falta
esta vez, tiempo vendrá
en que á Alfonso juzgará
otra justicia mas alta.

ARIAS.

(¡Vive Dios que me impacienta!)
Pues desde ahora se os advierte,
que de Saldaña la suerte
tomamos por nuestra cuenta.

BERNARDO.

¿Por vuestra cuenta?

ARIAS.

Sí, es ley
que, cuando el Rey vá torcido,
por el sendero debido
se haga caminar al Rey.

Además, un juramento....

BERNARDO.

¿Algo jurasteis? Lo estimo.

ARIAS.

Dí palabra á vuestro primo
y ha de tener cumplimiento.

BERNARDO.

En averiguar me afano...
y decid ¿qué os ofreció?

ARIAS.

Como al conde salve yo...
de su hermana...

BERNARDO.

Qué? (*con rapidez*)

ARIAS.

La mano.

BERNARDO.

No es poco premio, á fé mia,
por sacar de luna al conde.
¿Y á vuestro amor corresponde
ella?

ARIAS.

Quién?

BERNARDO.

Doña Maria.

ARIAS.

Lo ignoro. Pero sabiendo
que Melendez no se opone,
será mia...

BERNARDO.

Se supone.

ARIAS.

Ya entenderéis...

BERNARDO.

Si, ya entiendo.

Y os diré aqui francamente,
porque lo entiendo de mas,
que no sufriré jamás
que nadie la violente.

ARIAS. ¡Bernardo!

BERNARDO. Si yo la adoro.

ARIAS. ¿Y ella?

BERNARDO. No es sorda á mi ruego:
me ama tambien.

ARIAS. Luego...

BERNARDO. Luego,
soy dueño de ese tesoro.

ARIAS. ¡Antes confundá mi alma
un rayo!

BERNARDO. Que en vos no estais
presumo.

ARIAS. Ved lo que hablais.

BERNARDO. D. Arias, tened mas calma.

ARIAS. Concluyamos.

BERNARDO. Pronto; sí.

ARIAS. De los dos sobra aqui uno.

BERNARDO. Otro será el importuno,
porque yo..... no sobro aqui.

ARIAS. Eso lo dirá el acero.

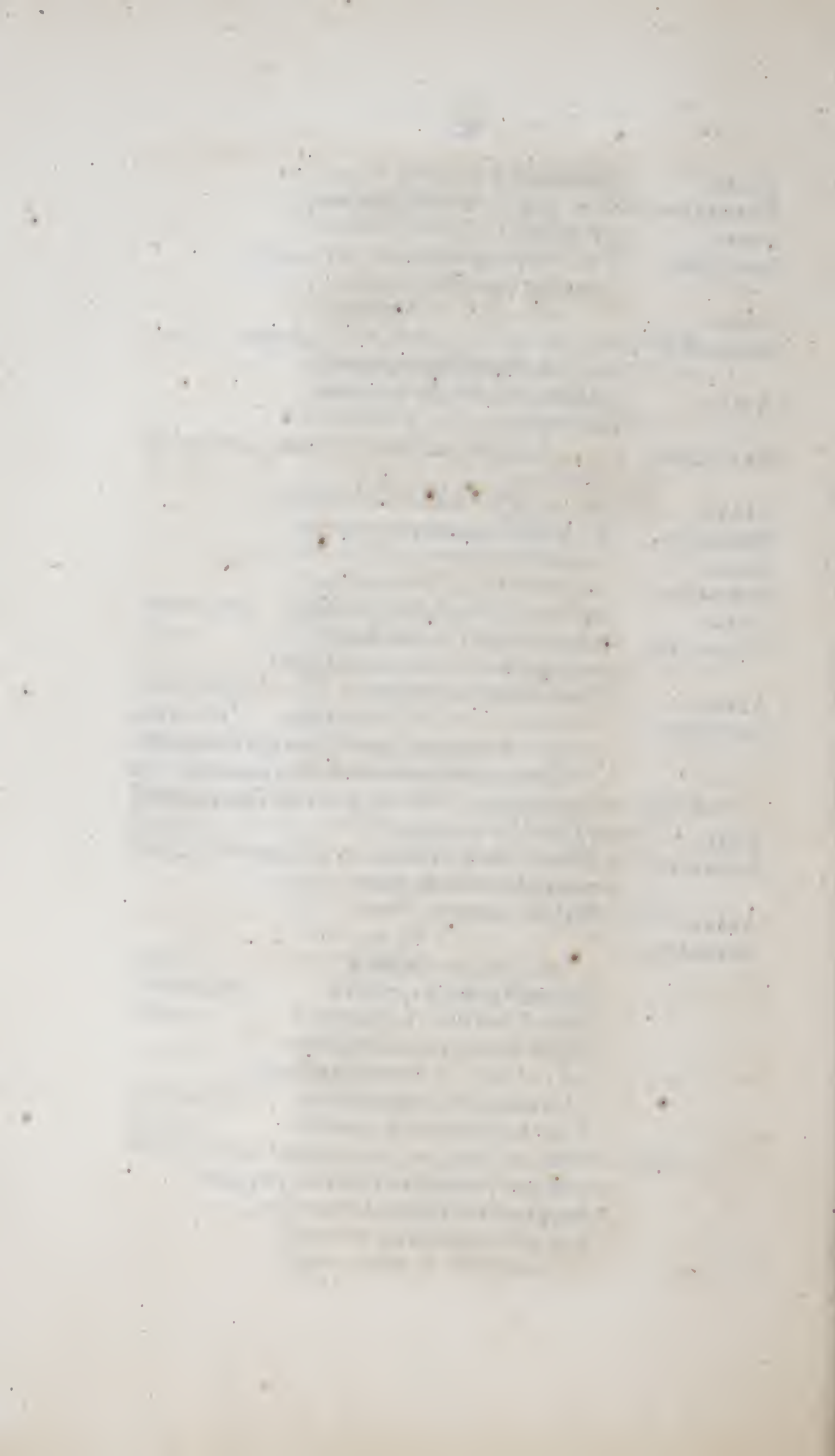
BERNARDO. No riño. (*Vá á sacar la espada, pero se reprime y mirando con la vista de arriba abajo á su contrario, dice despues de una pausa.*)

ARIAS. ¡Tamaña mengua!

BERNARDO. Teneis muy suelta la lengua
y sujetáros la espero.

ARIAS. Mal se conoce.

BERNARDO. Si yo
á don Alfonso faltára
con justicia se quejára
de mi porte... y eso, no!
Antes que vos está él;
mi palabra le he empeñado,
y yo estoy acostumbrado
á serle siempre muy fiel.
Mas no temais, vive Dios!
porque, aunque lluevan reveses,
despues de matar franceses...
vendré á mataros á vos.



ACTO SEGUNDO.

Salon en el palacio del rey Alfonso. Puerta en el fondo; dos laterales; un balcon que se supone dar á la plaza.

ESCENA I.

I.ª REINA, D. ARIAS.

REINA.

Ved lo que quereis, don Arias :
años há que entre prisiones
gime el de Saldaña; en vano
sus deudos, los servidores
mas fieles de Alfonso, uniendo
sus súplicas, del enorme
peso de la real justicia
de aliviar tratan al conde.
En vano, buen caballero,
vasallo leal, con nobles
hechos, con bizarras muestras
del valor mas alto, opone
á los yerros de su padre
glorias Bernardo, que acordes
confiesan hoy los rebeldes
de Galicia, los que torpes
hollar pretenden la enseña
del Dios, que su luz nególes,
y los que de Carlo Magno
los orgullosos pendones
siguen, rotos ya y teñidos
con la sangre de los doce.

El Rey, á su ofensa atento
siempre, los ruegos desoye
y, aunque en mucho los servicios
tiene de Bernardo, inmoble
en su voluntad primera,
á don Sándias en la torre
de Luna encerrado guarda.

ARIAS.

¿Y no habrá, Reina, quien doble
esa voluntad de hierro
haciéndola al ruego dócil?
Un rey tan piadoso.....

REINA.

Cierto :
de piadoso alcanza el nombre
Alfonso, mas... hay delitos
que piden justicia á voces.

ARIAS.

REINA.

Luego la Reina....
La Reina

en todas sus oraciones
un favor al cielo pide....

ARIAS.

REINA.

Y es.....
La libertad del conde.

Acaso amanezca un dia
en que nuestro afán se logre.

ARIAS.

REINA.

Acaso, decis!...
El cielo
mas piadoso es que los hombres.
No desconfieis, que indigno
es de un cristiano...

ARIAS.

Mal oye
tales consejos, señora,
quien de unos radiantes soles
en la llama ardiendo, vé
sus glorias, las ilusiones
que un tiempo le enloquecieron
desvanecerse veloces.
No os entiendo; amais....

REINA.

Adoro.
Doña Maria, á quien noble
cuna, á quien tan raras prendas
hacen gala de la Côte,
envidia de la hermosura,

imán de los corazones,
robóme el alma, señora;
con sus encantos cegóme.

REINA. Bella es Maria, mas ved
que es una dama quien oye
sus alabanzas, y que esa
dama es la Reina.

ARIAS. Perdone
la Reina, si con la dama
descortés anduve y torpe.
Amor mi disculpa sea.

REINA. Séalo pues... Y esa jóven...
María, la hermosa prima
de Bernardo, acaso rompe
vuestras esperanzas todas
con inhumanos rigores?

ARIAS. ¡Ruín pago, por Dios, sería!
Su mano pedí, y honróme
el de Melendez con ella;
mas fué mi dicha tan pobre
que á una condicion sujeta,
dá ya al corazon temores.

REINA. ¡Una condicion! me abrasa
la impaciencia. ¿Y cuál?

ARIAS. Que estorve
quiere el cielo mi ventura
la mala quellora el conde.
Deudo suyo el de Melendez...

REINA. Basta, lo comprendo... ¡Oh! torne
al alma la paz, don Arias;
no así el pesar os agovie;
quízá algun medio hay que venza
cuanto á vuestro bien se opone.
Amigos teneis, que ansiando
volveros la calma, tomen
tan vivo interés...

ARIAS. Y acaso
podrán...

REINA. Al menos, razones
hay para que confianza
os inspiren.

ARIAS.

Ya sus nombres
conocer, Reina, deseo.

REINA.

Uno os diré.

ARIAS.

Que responde.....

REINA.

Que os baste tal vez...

ARIAS.

Señora! (*Echán
dese á sus pies.*)

REINA.

Ya le conocéis? Entonces.....

ARIAS.

Permitid..... (*tomándole una mano.*)

REINA.

Alzad, don Arias:

Aunque obstáculos se agolpen
inmensos, no á la esperanza
renunciar debeis..... Un noble
como vos, mucho merece;
vuestra lealtad os pone,
y bien Alfonso lo sabe,
al lado de los mejores
caballeros de Leon....

ARIAS.

Tanto honor ...

REINA.

Os corresponde.

ARIAS.

Libre será el de Saldaña?

REINA.

Si el rey mi voz no desoye,
libre será y vos dichoso.
Que el cielo no le abandone,
y yo al quebrantar los hierros
con que la suerte á esa torre
fatal amarró los dias
del viejo y postrado conde,
cumplido con vos habré
y con Bernardo, á quien dobles
glorias, con honra de Alfonso
dan estendido renombre.
Mas pienso que aquí se acerca
María..... vuestros amores
quiero proteger á hablarla
voy de vos; don Arias....

ARIAS.

Colme (*incli-
nándose.*)

vuestros dias de ventura
el cielo y de bendiciones!

REINA.

(Premiar sus servicios debo.)

ARIAS.

(Oh! mi esperanza logróse!)

ESCENA II.

REINA, MARIA.

REINA. Os esperaba.

MARIA. A mí reina y señora!

REINA. A vos, á la hechicera, en cuyos ojos
puso el amor los rayos de su fuego
en cada corazón dándole un trono.

MARIA. Yo....

REINA. Callad, que enojada por mi vida
estoy, y he de reñiros; de un celoso,
por que envidiosa me teneis, razones
no esperéis por cierto; quejas solo
de mis labios saldrán; si os cansan que -
(jas:!!MARIA. Sumisa debo oírlas; mas ignoro
en que pudo mi amor de fiel vasalla
á la esposa ofender del rey Alfonso.REINA. Vais á saberlo. Y si falté, señora,
vuestro perdón alcanzaré de hinojos.

REINA. Luego vos le esperais?

MARIA. De vos lo espero.

REINA. ¡Sois de beldad y discrecion tesoro.!

MARIA. Mucho me honrais.

REINA. Leon su maravilla

os llama; y en verdad, sois el adorno

más bello de la corte; en adoraros

cumplen solo un deber los pechos to-

(dos.

MARIA. Ofendidos juzgué.

REINA. ¿Cuándo no hirieron

nuestro orgullo, decid, los triunfos de

(otro?

La que estrella es de amor, sola en be-

(lleza,

no ha de inspirar á las demás enojos?

Hoy mismo, ha un breve instante un

nuevo esclavo,

un nuevo adorador del sol hermoso
que en vuestra faz deslumbra, el alma
herida,
vino á implorar en su dolor mi apoyo.
Ya lo veis, soy la reina y homenaje
tambien yo rindo....

MARIA. Con sorpresa os oigo!
Rara imprudencia fué.

REINA. Yo la disculpo:
ciego es el corazon; el amor loco.

MARIA. Mas él osó decir....

REINA. Que os adoraba.

MARIA. (Cielos! habrá Bernardo victorioso
vuelto ya de la lid?)

REINA. Su nombre callo
vos... le debeis adivinar muy pronto.

MARIA. Adivinarle...! (Oh! Sí.)

REINA. Gallardo, digno!
de vos le encontrareis; su lanza al moro
hace temblar sangrienta en la pelea.

MARIA. (Ah! es Bernardo, es Bernardo! Ya gozoso
mi amante corazon me lo decia.)

REINA. Pocos en sangre le aventajan, pocos,
y está es su honra mayor, tan bien sir-
vieron

como sirvió á su rey don Arias Godos.

MARIA. (Qué escucho! no era él!) D. Arias...

REINA. Quiere
que su esposa seais....

MARIA. ¡Cielo!

REINA. Algun otro
amor....

MARIA. ¡Ay! perdonad si á esas palabras
con silencio y con lágrimas respondo!

REINA. Y... qué!... finjir pudieran vuestros la-
(bios
cuando os están vendiendo vuestros ojos?

Amais, Maria, amais! Si el amor vuestro
como es puro y real fuera dichoso!

MARIA. ¡Ah!

REINA. Pero no soñeis, desventurada!

MARIA. Con que no hay esperanza? Con que todo ya para mí acabó?

REINA. Callad; es cierto; vuestros sueños de amor disipó un se-
(plo.

Sabedlo: vuestro hermano á quien su-
(misa obedecer debeis, por siempre ha roto de vuestra dicha los amantes lazos.

MARIA. ¡Ahl ¿qué decis?

REINA. Que vuestra mano solo pertenece á don Arias: él lo quiso: nunca á otro amante llamareis esposo.

MARIA. Mas yo no amo á ese hombre... yo no
(puedo darle mi corazon; en lo mas hondo de mi pecho infeliz arde una hoguera... una hoguera voraz! Ceniza, polvo, esta llama será cuando el sepulcro con su velo de mármol mis despojos cubra; mas, ayl que mientras viva, el
(alma tan rudo incendio llevará en su fondo.)

REINA. Y él vuestra paz, vuestros floridos años en su abismo de fuego hundirá sordo. Creedme; esa pasion, de vuestro pecho salga, y no turbe mas vuestro reposo, del tiempo del amor memoria alguna, ningun recuerdo de sus sueños locos.

MARIA. ¡Yo olvidar á Bernardo! Yo! imposible!

REINA. Ese nombre! infeliz! borrarle pronto de vuestro corazon, de vuestra mente, porque... él será vuestro tormento solo. Amais al hijo de Saldaña! el hijo de Saldaña otro amor mas digno y hondo contiene en su corazon: el de su padre, que con el son de sus cadenas ronco desde la torre en que sus horas cuenta clamará su lanza y valor pide socorro.

Mientras el Conde, el padre sin ventura, duerma el sueño del mal entre cerrojos,

no, no esperéis que el corazón del héroe
lata por vos, por vuestro amor; brioso, —
fiero, el que amante delirais, se arroja
en medio de la lid, lanzando en torno
rayos de muerte, y vuelve, y en su espada
muestra un girón del estandarte moro.
Pero no es vuestro nombre el que pro-
(nuncia
cuando en la mano que le tiende Alfonso
un beso ardiente de respeto clava,
y un suspiro escapar deja del fondo
del alma, aún mas ardiente todavía....
No es vuestro nombre, no, que ese olvi-
(dólo,
al tiempo de volar á la pelea,
y no han de recordársele los rotos
pendones del infiel, ni los esclavos
que á las plantas del Rey pone de hinojos.
MARIA. ¡Ah! por piedad! Vuestros acentos hieren
mi pobre corazón! Mirad, os oigo
y copioso raudal de amargo llanto
con huellas de aflicción surca mi rostro.
REINA. Mi amor os habla así.
MARIA. ¡Pero... y el mío!
REINA. ¡Desgraciada! Aun hay mas! Oid, que todo
debe saberlo la que va sin guía,
con una espesa noche ante los ojos,
de inmensurable precipicio hollando
con débil planta el borde peligroso.
Aunque amaros pudiera, aunque en su pe-
(cho
hubieran encendido vuestros ojos
un fuego igual al que os consume impío,
que importára, decid? Del rey mi esposo
no es Bernardo sobrino? Acaso un día
su planta huelle el castellano trono.
Acaso? dige mal. Débil y anciano,
al peso que hunde sus cansados hombros
Alfonso cede al fin; su pensamiento
fijo en Bernardo, al eminente solio
su juventud y su valor destina;

sus bodas trató yá, del animoso
 Fortun, Rey de Sobrarbe, con la hija
 bella, y el pueblo admirará dichosos
 tal vez pronto en union para él honrosa,
 á la infanta gentil y al noble mozo
 cuyos hechos al árabe amedrentan
 llevando á estrañas tierras el asombro.
 ¿Conque es preciso que mi amante fuego
 dentro del alma permanezca ignoto?

MARIA.

(Pena me dá.)

REINA.

MARIA.

Si mi infortunio miras,
 ¡ay! calma tú mi afan, cielo piadoso!

REINA.

Tregua dad á las lágrimas y torne
 á la razon el pensamiento loco.

MARIA.

Ved que por vos de su prision...
 La causa
 esa fué de mi mal? Sí... ya perdono
 á mi hermano el dolor que su promesa...
 (¡Oh! qué consuelo tan cruel!) Mas oigo
 de armas rumor lejano... Temo...

BERNARDO.

Y mala (den-
 la hubieron en verdad! tro)

MARIA.

REINA.

¡Dios poderoso!
 Salid, salid: ¡Bernardo! (este aparece
 en la puerta del fondo.)

MARIA.

BERNARDO.

¡Ah! (saliendo.)
 Vive el cielo!
 que fué de recibirme estraño modo?

ESCENA III.

REINA Y BERNARDO.

REINA.

(¡Cuán arrogante! hácia mí
 viene ya...)

BERNARDO.

(Qué yo no atine...!)
 Reina, á saludos vine.

REINA.

BERNARDO.

¿Como vos, Bernardo, aquí?
 (¡Estraña pregunta á fé!)

Mi presencia os causa enojos?

REINA. Con placer os ver mis ojos.

BERNARDO. Huélgome de ello.

REINA. Ya sé

que sois un buen servidor;

vuestras hazañas contóme

Alfonso, y maravillóme,

que es grande vuestro valor.

BERNARDO. Hice... lo que pude; allá

á eso fui.

REINA. Hollar del francés

la arrogancia, gloria es!

BERNARDO. Mayores mi Rey las há.

REINA. Qué! en tan buenos caballeros

pudo hallar mancilla alguna....

BERNARDO. Reina, yo aprendí en la cuna

á despreciar altaneros.

REINA. Y donde altivez, caber

no puede valor...?

BERNARDO. ¡Qué error!

Yo no les niego el valor,

mas... los he visto caer.

Al pronto, por Dios, temí,

y esto le pasa á cualquiera:

¡inmenso ejército era

el que vencimos allí...!

¡Cuánta lanza con el sol

relámpagos despedía!

Solo allí triunfar podía,

Señora, el brazo español.

REINA. Del Emperador la saña

con tan gran poder mostróse?

BERNARDO. Toda Francia despoblóse

para venir sobre España.

Y aun entre tantos millares

de gentes....

REINA. Lo sé, venian

y á lidiar se apercibian

Cárlos y sus doce pares.

Diz que su esfuerzo jamás

domado fué.

BERNARDO. Yo los ví

y ¡por Dios! no los creí
mejores que los demás.

REINA. Posible es que hayais razon?
que tal no cuenta la fama.

BERNARDO. Pues si mejores los llama,
cuentos de la fama son.

REINA. Pienso que odiais al francés,
Bernardo.

BERNARDO. Yo! no, por cierto;
contra un enemigo muerto
el rencor inútil es.

REINA. Mas su necia altanería...
No de disculparle trato.

BERNARDO. Y haceis bien! por insensato
no lo merece, á fé mia!
el honor en su arrogancia
hollar creyó de Leon!
pues ya ha tenido ocasion
de desengañarse Francia.
¿Qué habia de suceder?
Aunque en número imponente,
era de Cárlos la gente,
¿pudiera Cárlos vencer
al bravo Fortun García
que auxilio nos dió leal
y á tanta gente cabal
como con Fortun salía?...
¡Si viérais de aquella brava
pelea el estrago fiero!
Do quier al son del acero
la sangre hirviente saltaba.
Toscos peñones el viento
rompian, por duros brazos
despedidos, y pedazos
hacian cuanto al violento;
furor de su vuelo ronco
se oponia... Un solo casco
del menos rudo peñasco
hubiera aplastado un tronco.
De polvo anchuroso mar
poco á poco en el vacío

fué estendiéndose, y sombrío
mató la lumbre solar.

¡Qué confusión! ¡qué clamores!

allí rota la canalla

cedía ya, y la batalla

iba creciendo en horrores.

Pero al fin... Carlos sonó

su bocina, é impaciente,

al ver desecha su gente,

«aquí los míos?» gritó.

«Salvaos, mis caballeros,

que la suerte os es fatal!»

Hizo otra vez la señal

de partir, y á los ligeros

pies fió de su caballo

su libertad y su vida,

hacia su Francia querida

volviendo sin un vasallo.

REINA.

¿Mas, qué de vuestro valor

nada me digais, después

de haber sido del francés

vos, Bernardo, el vencedor?

¿Quién fué el que en igual porfía

con Roldan luchó?

BERNARDO.

Yo fui. (*Rumor y vo-*

REINA.

Y... quién venció? (*ces dentro.*)

BERNARDO.

Yo vencí.

REINA.

Que eso callabais sabía.

¿Y quién, respondeme, quién

en la lid entró el primero.....

BERNARDO.

Yo.

REINA.

Y de ella tornó el postrero?

BERNARDO.

Yo.

REINA.

Lo sabía también.

¡Grandes vuestros hechos son!

De Roncesvalles la gloria

se os debe á vos; por victoria

tan señalada. en Leon

fiestas hay; de la llegada

de Alfonso un dia después

empezaron, y este es

ya el postrero. Es estremada
el ánsia con que se espera
en ellas de vuestro brio
alguna muestra.

BERNARDO. Mi tio

allá fué? Verle quisiera.

REINA. Verle podeis. Id allá.

BERNARDO. Voy, pues...

REINA. Desde aquí os veré.

BERNARDO. Si vos me mirais, seré

yo el vencedor, claro está.

Nadie podrá competir

con quien tal favor alcanza.

REINA. Ved que aguardo.

BERNARDO. Voy, mi lanza

á tomar para salir. (*váse.*)

ESCENA IV.

REINA.

Bien la libertad ganó

de su padre; hoy mismo quiero

hablar á Alfonso y espero

que he de alcanzársela yo.

Que mal su perdon real

podrá negarle esta vez

viendo la noble altivez

de ese corazón leal.

O ¿acaso en rencor prolijo;

podrá ser que no le cuadre

dar la libertad al padre

debiendo su trono al hijo?

¡Oh, no! que fuera locura

cuando tal deuda es su intento

pagarle, dándole asiento

del mismo sólio en la altura.

Mas... ella... ¡fortuna impia!

En hora nació fatal!

Ese amor será tu mal,

desventurada María!

¡Ah! perdona, sí, perdona,
 si, ciega ante tu dolor,
 de las flores de tu amor
 hoy deshojé la corona!
 No, no lo intenté en tu daño;
 piensa que en tu desventura,
 mas tarde, doble amargura
 te diera igual desengaño!
 Mas ese confuso son... (*dentro voces.*)
 Si... es su nombre... (*se dirige al balcon*)
 Entrado habrá
 Bernardo en la plaza ya?
 ¡Oh, abramos este balcon!

ESCENA V.

REINA, D. ARIAS Y MELENDEZ.

MELENDEZ. Eso os dijo?
 ARIAS. Eso escuché.
 MELENDEZ. Mucho en su palabra fio.
 ARIAS. Yo en la vuestra.
 MELENDEZ. El honor mio...
 ARIAS. Puro es como el sol, lo sé.
 Pero...
 MELENDEZ. ¿Acaso con rigores,
 mi hermana...
 ARIAS. Nuestra partida...
 MELENDEZ. ¡Luego aun no habeis!... por mi vida
 que entendeis poco de amores.
 ARIAS. Temo que habeis sin razon.
 MELENDEZ. ¿Quién, si amor su pecho inflama,
 no vá á los pies de su dama
 á rendir su corazon?
 asi lo ordena.
 ARIAS. Y asi
 fuera si el Rey...
 MELENDEZ. Eso si;
 primero es servir al Rey.
 REINA. El es... (*quitándose del balcon y diri-*
giéndose á los caballeros.)
 ARIAS. Sus desdenes fieros

siempre temí, que es amor
cruel vaticinador.

Mas... la Reina...

REINA. Caballeros...

Qué estraña sorpresa es esta?
No salís?

MELENDEZ. Si lo mandais...

REINA. Ambos en palacio estais
habiendo en la plaza fiesta?

MELENDEZ. Qué eso, señora, os asombre!

REINA. No me asombrára, por Dios,
creedme, á no verlo en dos
caballeros de tal nombre.

MELENDEZ. No siempre de fiestas es
para todos tiempo igual.

REINA. La alegría os hace mal
de ese pueblo leonés?

MELENDEZ. Bien sabeis, Reina, que no:
aunque á la fiesta no fuí,
tambien mi lanza blandí,
lidié en Roncesvalles yo.

REINA. El pesar que me ocultais
sospecho.

MELENDEZ. No se los esconde.

REINA. Amigo leal del conde
sois y deudo.

MELENDEZ. Bien pensais.

REINA. Don Arias, cosa es estraña!
nada os habló?

ARIAS. Sí, en verdad.

REINA. Muy pronto...

ARIAS. Habrá libertad
el buen conde de Saldaña?

REINA. Hoy mismo un pliego os daré
con que partais á salvallo.

ARIAS. ¡Oh, reventaré el caballo!
veloz como el viento iré!

Pero... ese rumor... (*ruido dentro*)

REINA. Sin duda

Bernardo...

MELENDEZ. Qué! ya llegó?

- REINA. Há poco en la plaza entró:
Ved, el pueblo le saluda:
- ARIAS. (Aquí está? ¡Pese á mi amor!)
- REINA. Don Arias, aquí os quedais?
Volveré. *(cesa el rumor.)*
- ARIAS. Señora, os vais
de la fiesta á lo mejor?
- REINA. Harto me pesa: A no ser
preciso... Estad aquí luego
y os entregaré ese pliego...
Bernardo no ha de saber... *(á Meléndez)*
- MELENDEZ. Pues antes juzgué que ya
nueva de tan gran ventura
le habiais....
- REINA. Fuera locura,
mas tarde.... yo.....
- MELENDEZ. Bien está.
(¡Por Dios que razon no veo!)
A darle los brazos voy,
mas púes no ignorais quien soy....
- REINA. Que hareis lo que os pido creo.

ESCENA VI.

D. ARIAS.—LA REINA.

- REINA. Veros amigos aguardo
á Bernardo y á vos luego;
por eso quiero que el pliego
lleveis vos, y que Bernardo
ignore....
- ARIAS. *(¡Vivo yo!)*
- REINA. Fieros
os vía antes de partir,
y no han, por Dios, de reñir
dos tan buenos caballeros.
- ARIAS. Ley es vuestra voluntad:
- REINA. Mi mano... *(Eso no!... primero....)*
Que pronto he de dar espero
fin á vuestra enemistad.

ARIAS. Decís que os espere aquí,
Señora?...
REINA. Sí, que á acabar
va la fiesta y he de hablar
luego al Rey; fiad en mí:
que ó mucho me engaño ó vos
hoy mismo alcanzado habreis...
pero voy... Pronto sabreis....
ARIAS. Id en paz.
REINA. Que os guarde Dios.

ESCENA VII.

D. ARIAS, DESPUES DOÑA MARIA.

ARIAS. Amor que en mi daño creces
á cada instante que vá
pasando, y gigante yá,
mil penas al alma ofreces.
Pues, por fin, vas á triunfar,
cesen tus ruines desvelos;
yá..... ni desdenes ni celos
te deben acobardar.
María! (*viéndola por la puerta derecha*)
Dichoso yo
pues la ocasion encontré....
MARIA. ¡Ah! ni aun mirarle podré! (*mirando
hácia el balcón.*)
ARIAS. (Si á verle tal vez salió!)
No con rigor altanero
causando á mi amor sónrojos,
aparteis de mí los ojos
cuándo por sus luces muero.
Volvedme, hermosa, la calma
que me arrebataron bellos,
ó dejad que beba en ellos
nuevos tormentos el alma.
MARIA. Don Arias, ved mi dolor;
dejadme á solas con él,
que son para mí de hiel

- vuestras palabras de amor.
ARIAS. Eso me decís, señora?...
MARIA. Dejadme con mi amargura.
ARIAS. ¿Así pagáis la ternura
de un corazón que os adora?
¿Este el premio es de tan loco
amor? Esto os merecí?
... ¿qué me amáseis no creí;
mas que me odiáseis tampoco;
Desdeñosa, mas no impía
juzgué hallaros.
- MARIA.** Ya lo veis;
el daño que hecho me habeis
mas cruel fué todavía.
- ARIAS.** Por Dios que no comprendí!.....
MARIA. Ah!
ARIAS. Que os expliqueis os ruego....
Yo, que os idolatro ciego,
yo, señora, os ofendí?
¿Cómo con tanta pasión....
cuando tal fuego me inflama....
- MARIA.** ¿Daros no pudo otra dama
un mas tierno corazón?
- ARIAS.** Mas ¿dónde hallar hermosura
que iguale?.....
- MARIA.** (Ménguada estrella!)
... ¡Maldita mil veces ella
pues me roba mi ventura!
ARIAS. ¡Oh, en mi constante porfía
sé estrellarán sus enojos!)
Ya sé, ingrata de mis ojos,
quien me arrebató la mia.
- MARIA.** Pues si lo sabeis, dejad
que entregada á mi dolor....
- ARIAS.** ¿No podrá nunca mi amor?....
MARIA. Oh! esa palabra olvidad.
ARIAS. ¡Qué olvide mi amor! ¡Cruel!
MARIA. Al menos... calladlo.
ARIAS. Tanto
á Bernardo amais!....
- MARIA.** ¡Oh, cuanto

- sufro!)
- ARIAS. (Le adora, y por él
ni una esperanza siquiera
guarda para el alma mia!)
Nada respondeis? (¡Impía
condicion!)
- MARIA. (¡Desdicha fiera!)
- ARIAS. Ese silencio...
- MARIA. Creed
lo que os cuadre; nunca amaros
podré: ¡ay de mí!
- ARIAS. Yo obligaros
sabré...
- MARIA. Don Arias...! (yéndose.)
- ARIAS. Tened.
No aumenteis mi desconsuelo.
A vuestras plantas... (arrójase á sus
pies.)
- MARIA. Mirad
lo que haceis;... si entrase...
(Bernardo á la puerta del fon-
do, despues Melendez, el Rey,
la Reina y Caballeros.)
- BERNARDO. Alzad.
- ARIAS. ¡Vive Dios!... El Rey!
- MARIA. ¡Oh, cielo!

ESCENA VIII.

REY, REINA, D. ARIAS, BERNARDO, MELENDEZ, MARIA,
DAMAS Y CABALLEROS.

- REY. Bernardo....
- BERNARDO. Señor...
- REY. Los brazos
me dad.
- ARIAS. ¡Y sufro... Oh furor!...
- BERNARDO. Mientras viviere, señor,
serán mi orgullo estos lazos.
De vos estoy satisfecho;
mas, si yo no entiendo mal,

- para mereceros tal
 muy poco Bernardo ha hecho.
- REY. Quien tan gran valor encierra
 y tan buen porte conmigo
 tuvo, sin duda es mi amigo.
 pues él defendió mi tierra.
 Déboos mi trono; en pedazos
 quiso abatirlo el Francés;
 mirad bien si justo es
 que el rey os tienda los brazos.
- BERNARDO. Siempre ambicioné ese honor,
 mas nunca esperarlo osé.
- REY. Lo que sois, Bernardo, sé.
- BERNARDO. Un caballero, señor.
- REINA. Harto se vé en ese aliento
 que hoy en la plaza á Leon
 causó tanta admiracion
 y tan singular contento.
- REY. La reina tambien alaba
 vuestro brio.
- REINA. Aunque no os vi,
 las voces del pueblo oí
 que gozoso os aclamaba.
 De veros con el deseo
 salí; mas.... Sentilo á fé!..
 que me retirase fué
 preciso....
- BERNARDO. Eso yo bien creo.
- REY. No sabeis lo que pasó? *(á la Reina)*
- REINA. Direislo vos. *(á Bernardo)*
- BERNARDO. En buen hora.
- REINA. Hablad, pues.
- BERNARDO. Oid, señora.
 y perdonadme si yo
 cuando de deciros trato
 la verdad sin vanas flores,
 palabras no hallo mejores
 y os hago tan ruin relato.
 Asi que en la plaza entré,
 tomé un bohordo, corrí,
 tirélo al tablado y fuí.

REY.

tan dichoso que acerté.
Mas con tal fuerza lanzado—
Yo mismo me asombro ahora—
iba el bohordo, señora,
que desbarató el tablado.

REINA.

Brio fué.

MELENDEZ.

No hay caballero
que haga otro tanto en Leon.

REY.

Aun hay mas: con atencion
escuchadle.

BERNARDO.

Ardiente y fiero,
dando bramido sonoro
al aire, la arena moja
con blanca espuma que arroja
despues un gallardo toro.
Embisteme; su embestida
burlo yo; la bestia brava
nunca de cansarse acaba
siguiéndome enfurecida.
Mil vueltas hágola dar
á la plaza; cuando llena
de mas saña vá, la arena
cruzo burlándola al par.
Al fin me paro; ella embiste;
la hiero, cae; en tal caida
y á tal golpe, ya perdida
la juzgo por mas que insiste
en levantarse; el corcél
dejo, el vocerio crece,
mar borrascosa parece
la estensa plaza en aquel
instante; la fiera avara
de venganza, en pié ante mí
se alza y bufa.... yo sentí
el resoplido en la cara.
Entonces la capa roja
con resolucion agito
delante de ella y la evito
cuando sobre mí se arroja.
Pido al momento una espada,
dánmela, corre á la muerte

el fiero toro, y con fuerte
brazo le hundo una estocada
que con él luego da en tierra;
pero aun brama, aun mi valor
insulta y en su rencor
quiere empezar nueva guerra.
Viendo su porfia loca
á sus astas me abalanzo
y con tal furia le lanzo
de espaldas, que aunque de roca
fuese, no resistiria
al golpe que lo abatió;
la plaza entonces llenó
una inmensa griteria.

REINA.

Buen toro y buen caballero!

BERNARDO.

Esto pasó en vuestra ausencia;
ahora con vuestra licencia,
que acepte mi prima espero
esta cinta que arranqué
antes que diese la vida
á la fiera embravecida. (*Muestra la
cinta.*)

ARIAS.

(¡Celos! esto mas!)

MARIA.

(¿Qué haré?)

ARIAS.

(No acepteis.)

(*á Maria.*)

BERNARDO.

(A mi pesar

la amo aun.) Mas... vive Dios!
nada respondeis?

MARIA.

De vos....

BERNARDO.

¿Qué?

MARIA.

La acepto.

BERNARDO.

Vacilar

os vi.

MARIA.

Tal vez...

(*turbada.*)

ARIAS.

(Oh! la hoguera

yo apagaré de ese amor!)

REY.

Eso quereis? (*Hablando aparte con
Bernardo.*)

BERNARDO.

Ya señor,

os lo dije: eso quisiera.

REY.

Caballeros... Perdonad,

Reina, vos: que atienda es ley
á vuestra demanda el Rey. (*á Bernardo*)
Señor....

REINA.

ARIAS.

¡Qué miro! (*viendo el pliego
en manos de la Reina.*)

REINA.

Tomad. (*dándole
el pliego.*)

ESCENA IX.

REY. BERNARDO.

REY.

Solos ya estamos, sobrino:
podeis sin recelo hablar.

BERNARDO.

Siento que os voy á cansar;
mas... lo quiere mi destino.

REY.

Nunca importunásteis vos
á Alfonso.

BERNARDO.

Que á importunaros
no llegué, puedo juraros;
lo demás... sábelo Dios!

REY.

Si, en verdad, que nada aqui
hay que á su saber se iguale;
poco mi palabra vale
cuando vos me habláis así.

BERNARDO.

Préciome de buen vasallo
y, si alguna vez mi rudo
lenguaje ofenderos pudo,
disculpa en mis hechos hallo.
Can de vuestra casa he sido,
y tan fiel para guardalla
que ya en mas de una batalla
probar mi ley he sabido.
Y no os robará el tesoro
de vuestra corona, no,
mientras morder pueda yo
por mas que lo intente el Moro
Ni en vuestra tierra los pies
pondrá jamas como dueño,

aunque tenga en tal empeño
el enemigo francés;
que ya en la lid, vive Cristo,
viéronme uno de otro en pos,
y sospecho que á los dos
les pesó de haberme visto.
REY. (A hablarme del conde vá.)
Tengo yo buena memoria,
sobrino, y guardo la historia
de vuestros hechos allá.
Inútil, pues, el recuerdo
juzgo...

BERNARDO. Si es así, de fijo
anduve, señor, prolijo,
y, por mi fé, no muy cuerdo.
Ahora pregunto á mi Rey;
él, que en su buena memoria
de aquesos hechos la historia
guardado há, en pró de la ley
con que le servi; que aguardo
un premio—el solo que pido—
no habrá, no, puesto en olvido...
Púdeme engañar?

REY. Bernardo!

BERNARDO. Ya empezamos, señor!

REY. (¡Oh!
me hará descubrirle todo)

BERNARDO. Siempre salís de ese modo
cuando de este os hablo yo.
¡Mal haya la suerte mia!

REY. ¡Siempre lo mismo, sobrino!

BERNARDO. Esperar es desatino
que afloje yo en mi porfía.
Llamárame »hijo traidor»
mi padre, y yo... soy leal;
aunque me pagais tan mal,
bien lo conoceis, señor.

REY. ¡Oh!

BERNARDO. (Me oirá aunque no le cuadre.)

REY. Dejad eso.

BERNARDO. ¿Y por qué ayer

me dijisteis : « vé á vencer
 á Carlos y tendrás padre? »
 Por qué, cuando en lid reñida
 vuestro caballo cayó,
 al daros el mio yo
 y acaso con él la vida,
 por qué dijisteis : al conde
 ofrézcoos sacar de Luna,
 que digno es de tal fortuna
 quien tal lealtad esconde?
 Y aun dos ó tres veces mas
 recuerdo que así me hablásteis :
 pero ¡ ah , señor ! me engañásteis
 como las veces atrás !

REY. Así al Rey osais hablar?...

BERNARDO. Solos no estamos los dos?...

REY. Cállad!

BERNARDO. Callad, el Rey, vos,
 que teneis por qué callar!

Me engañásteis!... ¡no mentí!

REY. Bernardo, no os engañé.

BERNARDO. ¡Ira de Dios!... pues no sé
 lo que pasar pudo aquí.

REY. Libre es vuestro padre ya.

BERNARDO. Libre, decís?... eh! no os creo :
 os burlais de mi deseo
 que atormentándome está.

REY. ¿No os basta que yo os lo diga?
 ó es de burlas ocasion?...

BERNARDO. Es que teme el corazon,
 que es su estrella harto enemiga.
 Mas... quiero creer que Dios
 me oyó al fin... Viejo estará
 mi padre, y cansado ya
 de sufrir... ¿visteisle vos?

REY. No, sobrino.

BERNARDO. Yo creí...

¡ya se vé! como os oía
 que libre salido habia...

REY. No aun.

BERNARDO. Pues eso entendí.

Entonces, dadme, señor,
poder y licencia luego...
(No sé que responda.)

REY.

BERNARDO.

Un pliego...

¿No me escuchais? Es rigor!
Mirad que me espera en Luna
mi padre, ¡oh! que yo le vea!...
pero al momento!... no sea
que cambie ruin la fortuna.
que triste el alma, señor,
está, y de temores llena,
y ha de matarme la pena
si no le salva mi amor.

REY.

¡Qué tal habéis, pésia mi!
¿No le salvásteis, sobrino?

BERNARDO.

Créaos ya; pero adivino
nuevas desdichas aquí.
Partir al instante quiero.

REY.

A dónde?

BERNARDO.

A Luna.

REY.

Aguardad.

BERNARDO.

Me deteneis?...

REY.

Sí. Escuchad,

y que os resignéis espero.
Palabra; sobrino, os di
ahogando mi justa saña,
de librar al de Saldaña,
y esa palabra os cumplí.
Pero de la Reina al ruego
habiendo prestado oído,
eu que parta he consentido
otro que vos con el pliego
que encierra la libertad
de vuestro padre...

BERNARDO.

Eso es cierto?

¿Estoy soñando ó despierto?

¡Despierto estoy en verdad!

¿Y quién es, aunque lo sé,
ese que robarme ha osado
un derecho que es sagrado
y que defender sabré?

REY. Calmaos , Bernardo.

BERNARDO. Ya

Señor, os oí con calma ;
mas no querais... en el alma
ardiendo un iufierno está !
¿ Con qué decís que ligero
el buen caballero corre?...
porque antes llegue á la torre
voy á enseñarle el sendero.
Que cuando se ha de llegar
presto á un lugar, yo inagino
que no es el peor camino
el mas penoso de andar.
Ha Don Arias , la partida
ganarme quisísteis hoy?
Os vais?

REY.

BERNARDO. A arrancarle voy
el pliego y con él la vida.

REY.

Loco estáis !

BERNARDO.

Bien podrá ser. (*vá hácia
la puerta del fondo.*)

BEY.

No saldreis, por Dios, de aqui ! (*po-
niéndose delante.*)

BERNARDO.

Señor, os dije que sí.

REY.

No hareis tal.

BERNARDO.

Sí que he de hacer!

REY.

Pues , si salís de Leon
segun se os llega á antojar,
como en él os vuelva á hallar
sentireis mi indignacion !

BERNARDO.

Señor!...

REY.

Lo oísteis?

BERNARDO.

Lo oí:

mas no lo quiero creer.

REY.

Mi voluntad ha de ser
la que se cumpla ante mí!

BERNARDO.

Tal vez de cumplirla habrá,
señor, mas tarde ocasion.

REY.

Basta ! Salid de Leon !

BERNARDO.

Me desterrais ! Bien está. (*yendo hácia
la puerta.*)

REY.

Qué haceis?

BERNARDO.

Partir: mas... repara
buen Rey, que ó yo mucho yerro,
ó por Dios que este destierro
te ha de salir á la cara.







ACTO TERCERO.

*La misma decoracion del acto anterior : una mesa
con recado de escribir : un sillón.*

ESCENA I.

REY, D. ARIAS.

REY. Eso pasó?

ARIAS. Eso ha pasado,
señor.

REY. ¿Con qué audaz y fiero
Bernardo os mató el caballo
en aquel primer encuentro?
¡Cosas son de la fortuna !
que ambos sois honra y espejo
de cuantos Leon encierra
esforzados caballeros.
Y despues?

ARIAS. Despues lanzóse
de su yegua, en ira ardiendo,
y un relámpago á mis ojos
reluciente fué su acero.
Nunca ví mayor presteza,
ni jamás golpes tan ciertos
ocasion de reparar
tuvo de mi espada el hьерro.
Herido al cabo...

REY.

ARIAS. Dí en tierra,
señor, cual sabéis; mi pecho
cubren anchas cicatrices,

- y darme muerte debieron
heridas que iban buscando
el corazon en su centro.
- REY. Un mes sin saber de vos
me han tenido, y ya de veros
no esperaba la ventura.
- ARIAS. ¡Por Dios que os tuve por muerto!
Mi estrella fatal lo quiso,
qua solo el destino adverso
tanto espacio me apartára,
señor, del servicio vuestro.
Y mas hoy que amenazándoos
de Bernardo el furor ciego
gritos se oyen de pelea
y se vén brillar aceros
y rebeldes estandartes
en mengua de tantos buenos.
- REY. Sabe Dios, Don Arias, cuanto
me pesa de haber en duelo
convertido el alegría
y la paz de mi buen pueblo.
Que si agora se levantan
pendones, y se oyen fieros
gritos, que la guerra anuncian,
y el clarín que hiere el viento,
culpa es de Alfonso, que pudo
calmar á Bernardo luego,
sin ajar su magestad;
que al fin hartas de respeto
y de amor pruebas le habia
dado el noble caballero.
- REIAS. Ved, señor, que su altiveza
borró sus antiguos hechos.
- REY. No, Don Arias, que esos brillan
mas de lo que estais creyendo.
- ARIAS. Su lealtad cambió en encono.
- REY. Podrá ser, mas no lo creo,
que es Bernardo mi sobrino.
- ARIAS. Obró mal ¡viven los cielos!
con su Rey!
- REY. No le disculpo;

¿pero quién será el que yerro
no tenga en su larga ó breve
vida, siendo tan pequeño
el hombre, y tanto el orgullo
que á su razon pone un velo?
Qué habéis asi, señor!

ARIAS.

REY.

Basta.

ARIAS.

Si mi presencia...

REY.

Sois cuerdo.

ARIAS.

Don Arias, solo dejadme.
Pues lo mandais, obedezco.
Señor, el cielo con vos
quede.

REY.

El os guie. (*vásc.*)

ESCENA II.

EL REY.

¡Cuán cierto
es que del mar de la vida
olas terribles los duelos
son que agitando ¡ay! el alma
se suceden sin sosiego!
¡Cuántos pesares me abruman!
Bernardo rebelde, el reino
dividido, el trono próximo
á desmoronarse... ¡cielos!
¡Cuán pesada es la corona,
que en las sienes habéis puesto
de los reyes, por castigo
tal vez de pasados yerros!
Hola! (*aparece en la puerta un page.*)
A aqueos leoneses
haced entrar al momento. (*Vásc el page.*)
¿Qué tendrán que demandarle
á mi justicia? Escuchemos
su voz que acaso me indique
la senda que tomar debo.

ESCENA III.

REY, LEONESES.

LEONÉS 1.º Salud al Rey Don Alfonso
de Leon.

LEONÉS 2.º A Alfonso el Casto,
al mas justo de los reyes,
salud.

LEONÉS 3.º A tus pies postrados...

REY. Alzad, leoneses.

LEONÉS 1.º De hinojos
deben estar los vasallos
ante su Rey, que es de Dios
imágen.

REY. Alzad, anciano.

LEONÉS 1.º Sesenta inviernos, señor,
vuelto han mis cabellos blancos.

REY. Sé lo que las canas valen
y lo que pesan los años.
¿Qué quiere el anciano, pues?
¿Qué quieren los ciudadanos
de Leon que aquí os envían?
Hablad, que pronto á escucharos
estoy.

LEONÉS 1.º Alfonso segundo,
pues os dignais, escuchadnos.
Bien sabeis, señor, que toda
Leon al ver en Bernardo
un cumplido caballero,
un héroe, del moro espanto,
de la religion colúna,
de la estraña gente pasmo,
despues de vos, en su estima
el lugar le dió mas alto.
Bien sabeis que sus hazañas
os han un trono ganado,
un trono, señor, que pudo
triumfante hollar Carlo-Magno.
Bien sabeis, rey generoso,
en fin, que por hechos tantos

del amor de un pueblo dignos
 dignos del eterno aplauso,
 en lugar de darle en premio
 á su padre, que encerrado
 gime en tenebrosa torre,
 por culpa que no ignoramos,
 de Leon le desterrásteis,
 mas que altivo, temerario.

Bernardo, señor, ahora
 vuelve sus armas airado
 contra vos, que le ofendísteis
 siendo tan piadoso y sábio.

El, que nuestro escudo fuera,
 ayer, venciendo al pagano,
 á cuantos osaran locos,
 ora reveldes, estraños
 ora, á sangrienta peleá
 con rojo pendon llamarnos,
 él, gran rey, contra nosotros
 alza el poderoso brazo
 y, seguido de sus deudos,
 de muchos de vuestros bravos
 caballeros, por do quiera
 esparce el terror, con daño
 de los que, siéndoos leales,
 con él, señor, son ingratos;
 que siempre culpas de reyes
 penas son para el vasallo;
 medítadlo vos en calma,
 y... no direis lo contrario.

En nombre de la ciudad
 que en vuestra razón, amparo
 busca, á rogaros venimos,
 Rey Alfonso, que á tamaños
 males pongais fin, pues tiempo
 es aun de remediarlos.

Esto habeis de hacer, señor,
 antes que el héroe del Carpio
 manche sus glorias y enlode
 al par el nombre cristiano,
 destruyendo el reino todo,

el limpio sol apagando
de vuestra grandeza altiva;
que nunca se vió eclipsado.
Hallais justa la demanda
de vuestro pueblo?

REY. Si hallo.

LEONÉS 1.º Leoneses, ya lo oís;
el rey Alfonso ha escuchado
nuestra voz y vuestros males
hallarán pronto reparo.
Señor, en nombre de todos,
gracias os rinde mi lábio.
Hoy mismo ajustarse pueden
las paces.

REY. Tal vez Bernardo....

LEONÉS 1.º Está en Leon, y ha venido
por vuestro pueblo llamado.
Pronto le vereis Alfonso.

REY. Venga, pues, á mi palacio.

LEONÉS 2.º Permitid que por bondades
tantas.. .

LEONÉS 3.º No os llaman en vano,
señor, el justo; no el rey,
el padre de sus vasallos
es don Alfonso segundo
de Leon.

LEONÉS 1.º Señor, la mano
dadme otra vez, que es gran honra
poner en ella los lábios.

REY. El cielo te dé ventura.

LEONÉS 1.º El prolongue vuestros años.

ESCENA IV.

EL REY.

Si, que venga, que estrecharle
anhelo ya entre mis brazos
Hoy padre; mañana asiento
daréle en trono elevado.

¿Qué Rey mejor para un pueblo
que un héroe como Bernardo?
¿Qué Rey mejor que un valiente
para este pueblo de bravos?
La Reina! Oh! quiero que sepa
que de la guerra el estrago
cesó yá, y que en regocijo
va á tornarse el comun llanto.

ESCENA V.

REY.—REINA.

REINA. Mi Rey y Señor aquí!
no esperaba...

REY. Pues yo á vos
que os aguardo sabe Dios.

REINA. Vos, Señor!...

REY. Llegar os ví,
y una nueva os quise dar
que muy grata os ha de ser.

REINA. Nueva será de placer
si á vos os la he de escuchar.

REY. Mirad si encarezco mucho.
Hoy la paz vuelve á Leon
con Bernardo.

REINA. Hoy! (ilusion
me parece lo que escucho!)

REY. Dudais?

REINA. No dudo en verdad;
pero.... hoy dijisteis?...

REY. A ruego
de la ciudad toda, luego....

REINA. Entiendo, señor; la paz
dareis á Leon....

REY. Y al Conde
libertad, que harto severo
anduve á fé, y premiar quiero
el valor cual corresponde
de Bernardo; es mi sobrino

al fin ; y apoyo y sosten
de mi trono...

REINA.

Eso está bien,
señor ; que pensais con tino
juzgo, aunque siempre acatára
vuestra voluntad cual ley ;
que mi Rey sois.

REY.

Que es el Rey
vuestro esclavo es cosa clara.
Mas, decid : ¿ visto no habeis
á don Arias que hoy llegó ?
Breve tiempo ha que me habló
en este lugar.

REINA.

Sabeis
cual de su tardanza ha sido
la causa ?

REY.

Bernardo fué.

REINA.

Con él lidió ?

REY.

Sí, y á fé
que fué el duelo harto reñido.
Venció a don Arias ?

REINA.

REY.

Lo hirió.

REINA.

¿ Hallólo cerca de Luna ?

REY.

Sí.

REINA.

Y el pliego....

REY.

La fortuna
á Bernardo se le dió.

REINA.

Libró al de Saldaña, pues ?

REY.

Parecióle el medio ruin.

REINA.

¡ Cuánta nobleza ! y al fin...

REY.

Partió, dejando á sus pies
á su enemigo, en los brazos
de unos villanos, que asilo
le dieron en lo tranquilo
de su cabaña.

REINA.

Y pedazos
no hizo el pliego ?

REY.

Guárdale
porque en él se lee mi nombre.
Os respeta aun !

REINA.

REY.

No os asombre

que muy grande su amor fué.
 Pero... Melendez aqui
 se acerca... Con él quedad.
 REINA. Cuárdeos Dios. (*Váse el rey.*)
 ¿Será verdad
 lo que de su lábio oí?

ESCENA VI.

LA REINA.—MELENDEZ.

REINA. Melendez... mas la color
 mudada teneis...

MELENDEZ. Señora....

REINA. Qué os turba así?

MELENDEZ. En mala hora
 á hablar al rey, mi señor,
 del pueblo en nombre vinieron
 con atrevimiento loco,
 esos leoneses que ha poco
 la paz á Alfonso pidieron.

REINA. ¿Cual es de Alfonso el intento,
 pues?

MELENDEZ. El Rey jurado há
 vengar su ultrage, y podrá
 cumplir hoy su juramento.
 Que ya del pueblo seguido
 y de los nobles cercado,
 mi primo en la plaza ha entrado
 y viene á palacio.

REINA. Erguido
 Venir puede, y con entera
 confianza, aunque él lo hará,
 que hoy como ayer no entrará
 el temor en su alma fiera.
 A Alfonso agraviado habeis,
 ¿hubo rey mas justo y sábio?
 que no lo dice mi lábio,
 no, á la fama se lo oireis.
 ¿Quién de su gran corazon
 dudar os hizo? yo hallo

que no debió ser vasallo
ese del rey de Leon.

MELENDEZ.

Perdonad si....

REINA.

No os comprendo. (*Con fingida sorpresa.*)

Burlando no hablásteis? bien
lo hicisteis.

MELENDEZ.

Yo....

REINA.

Mas tambien
veis que de burlas entiendo.

MELENDEZ.

Señora...

REINA.

Eso os maravilla?

MELENDEZ.

No me oireis....

REINA.

No, que pudiera
la burla ser de manera
que me cansára de oilla.

ESCENA VII.

MELENDEZ.

¡Vive Dios! Si engaño fué
de Don Arias!... tal no creo;
pues aun dudando, no veo
de esta invencion el por qué.
Y bien pudiera á Bernardo
odiar con furor secreto...
mas... de este engaño el objeto
de adivinar es bien tardo!
Pues raro es que el que dá abrigo
al odio, el aviso dé
cuando hácia el peligro vé
caminar á su enemigo.

¡Oh! ya está aqui. (*mirando por la
puerta del fondo.*)

Dios le valga

si los hombres algun lazo
le tendieron, y su brazo
no es bastante á que dél salga!

ESCENA VIII.

MELENDEZ, BERNARDO.

MELENDEZ. Primo, en buen hora llegueis.

BERNARDO. Pues os halló á vos, es cierto
que en buen hora á entrar acierto.

MELENDEZ. Pensarlo, primo, debeis
á espacio.

BERNARDO. ¿Eso os llegué á oír?

MELENDEZ. Aunque así os parezca á vos...

BERNARDO. No os entiendo, vive Dios!
¿qué quereis, primo, decir?

MELENDEZ. No sospechais...

BERNARDO. ¡No sospecho!...

MELENDEZ. Al rey enojásteis...

BERNARDO. Yo
dijera que él me enojó.

MELENDEZ. Rencorosa hiel su pecho
abriga...

BERNARDO. Pues hará mal
en abrirla, esto es llano,
que es el rencor muy villano
para un corazón real

MELENDEZ. Y tal vez la misma suerte
de vuestro padre...

BERNARDO. Creeis!

¡Eh!... callad, que me ofendeis.
Pronto acaso...

BERNARDO. Aunque la muerte
me aguardára, aquí esperalle
¡juro á Dios! me viera.

MELENDEZ. Yo
en tal trance...

BERNARDO. El me llamó
y ha de verme y he de hablalle.
No temo ninguna red,
ningun engaño recelo:
Alfonso es quien es, y al cielo
ambos tenemos por juez.

MELLENDEZ. Esperais que su rigor
temple el Rey? esa esperanza...

BERNARDO. Tengo en él mi confianza
puesta, y luego en mi valor.
A mi padre hoy me dará
si la paz quiere conmigo:
sino... otra vez su enemigo
salir de aquí me verá.
Volveré al Carpio, y la guerra
hasta la misma Leon
traeré, y haré mi pendon
flotar triunfante en su tierra,
que antes mi padre es que el Rey,
y, aunque en mucho al Rey yo tengo,
no he de acatar, os prevengo,
como ayer su injusta ley!
Pero... ¿quién ese temor
infundió á vuestra fiereza?
Cáusame, primo, estrañeza
en vos tan pueril error.

MELLENDEZ. Pluguiera á Dios que lo fuera,
Bernardo!

BERNARDO. ¡Qué así dudeis!
mal á Alfonso conoceis,
buen Melendez!

MELLENDEZ. Ser pudiera.
Oid, primo, ¿habeis aquí (*con mis-
terio.*)
algun enemigo?

BERNARDO. No.

MELLENDEZ. Pensadlo bien.

BERNARDO. No sé yo
que deba decir que sí.

MELLENDEZ. ¿No encierra algun corazon
de vuestra mengua el deseo?

BERNARDO. Que sabeis mas que yo, creo
de cosas que mías son...
Hablad y no preguntéis,
porque á responder no acierto.

MELLENDEZ. Don Arias...

BERNARDO. El!

MELENDEZ.

(Será cierto?)

BERNARDO.

El fué? él osó!

MELENDEZ.

Lo sabeis.

BERNARDO.

De empañar trató el honor
de su Rey... que limpio brilla?
aun sin tan fea mancilla
ya le sospeché traidor.

MELENDEZ.

Ha poco, primo, venir
le ví hácia mí, y de la paz
me habló que al Rey la ciudad
hoy se aventuró á pedir.
Dijome que con fiereza
Alfonso, y cólera estraña,
no dejar juró un Saldaña
en sus tierras con cabeza.
Que cien veces y otras ciento
con siempre doble furor
por la sangre del Señor
juro el mismo juramento.
Y que, tornándose á él,
habló así con voz que aterra:
«Por Dios que mas que la guerra
ha de ser la paz cruel!

BERNARDO.

Mintió el mal vasallo, sí,
que tal Alfonso no dijo;
con esa invencion, colijo
que echarme intentó de aquí.
Eso imaginó el artero?...

Cuando el miedo de la muerte
abatió el ánimo fuerte
de quién nació caballero?

MELENDEZ.

Mas por qué, ¡voto á Luzbel!
(Mal mi impaciencia reprimo.)

BERNARDO.

Estorvábale yo, primo,
y alejarme quiso de él.
Sabe que amo á vuestra hermana...

MELENDEZ.

Vos la amais, Bernardo!

BERNARDO.

Sí;
su imágen ha tiempo aquí (señalando
al corazon.)

vá, Melendez, soberana.,

- MELLENDEZ. Y sabeis...
- BERNARDO. Claro se vé.
- MELLENDEZ. Mas de Fortún la hija bella...
- BERNARDO. No sé si es hermosa ella;
pero él es valiente á fé.
- MELLENDEZ. Si entre vos cesa el encono
y el Rey... luego os casará
con ella, primo; y será
vuestro de Castilla el treño.
- BERNARDO. Castillos haciendo estais,
vos, Melendez, en el viento!
Yo reinar? ¿qué estoy contento
con mi suerte no mirais?
Jamás presté á esa ambicion,
creedlo, pues os lo digo,
en mi corazon abrigo;
que humilde es mi corazon.
Yo... para lidiar nací;
y... cierto, os puedo afirmar
que me habia de sentar
muy mal la corona á mi.
Mas... Alfonso!
- MELLENDEZ. Voime, pues;
primo, la mano me dad.
- BERNARDO. Tomad, primo... y apretad
que vuestra esa mano es.

ESCENA VIII.

BERNARDO.—REY.

- REY. Alli está: sabe el cielo que este dia
es para mí feliz, pues de Bernardo
vuelvo al pecho la calma y la alegría.)
Sobrino...
- BERNARDO. Ya os aguardo.
- REY. Sabrás que la ciudad poco ha mandóme
una diputacion, que demandaba
la paz entre nosotros
- BERNARDO. De ello hablóme
un venerable anciano del concejo,

y si pisé el umbral de vuestra casa
 movido solo fué por su consejo.
 Señor, yo contra vos alcé pendones;
 yo talé vuestras villas, vuestras mieses
 al frente de esforzados leoneses
 prontos á sostener mis pretensiones.
 Yo las sierras fragosas,
 el rio, el monte y su áspera pendiente
 traspasé con mi gente
 al son de las fanfarrias belicosas.
 De vuestra corte llego al pie del muro
 y allí clavé mis tiendas de campaña,
 no contra vos, lo juro;
 vine á pedir al conde de Saldaña.
 Ya, pues, señor, de vuestra justa saña
 espero mi castigo.

REY. ¿Qué harías tú conmigo,
 si tú fueses mi Rey, y yo el vasallo
 rebelde, que en tu tierra
 atizase el incendio de la guerra?

BERNARDO. Primero al de Saldaña libraria...
 REY. Y despues...

BERNARDO. Al vasallo mataria.

REY. ¡Qué! ¿tan severo fueras?

BERNARDO. Ya se advierte;
 hay culpas que se pagan con la muerte.

REY. Y si el vasallo fuese el mas cumplido
 soldado, el mas valiente caballero,
 si al golpe de su acero
 hubieran sucumbido
 ejércitos de infieles,
 y hubiese coronado de laureles
 el trono de su Rey? Dime: ¿conoces
 en tierras de Leon ese retrato?
 Si le conocerás, puesto que á voces
 se publica su nombre por do quiera
 y del moro es terror en la frontera.

BERNARDO. No sé de quien me hablais, pues tantos
 (buenos
 hay por toda Castilla,
 que los que en otra parte maravilla

- fueran por su valor, aquí son menos.
 Es Melendez tal vez? Es el de Godos?
 REY. Hay uno, sobre todos,
 que á D. Ariàs hirió cerca de Luna.
 BERNARDO. ¡Vueltas de la fortuna!
 Ese fui yo, señor, mas no el primero
 me pongais entre tanto caballero.
 Ahora bien, el rebelde ya en presencia
 está de su señor, ved justiciero
 de aplicar al delito la sentencia.
 REY. Terrible habrá de ser.
 BERNARDO. Dadme á mi padre
 y despues imponedme la que os cuadre.
 REY. Asi será, mas antes necesito...
 BERNARDO. ¿Necesitais de mi? No sé....
 REY. Este escrito
 recorre, y dime luego
 que te parece de él.
 BERNARDO. (¡Cielos!)
 REY. (Al cabo
 calmarle conseguí.)
 BERNARDO. De leer acabo...
 REY. Y bien ¿qué dices?
 BERNARDO. Que mi vida es vuestra:
 y que jamás mi diestra
 contra mi Rey empuñará esta espada.
 que le doy, por no verla deshonrada.
 REY. ¿Con qué el Carpio me entregas?
 BERNARDO. De mi
 (puño
 y letra irá la firma; á mas me obligo:
 á daros diez castillos que de espanto
 sirvieron al infiel, al enemigo
 que ante la roja cruz del pendon santo
 retrocedió buscando agreste abrigo
 á lo hondo de los montes
 lejanos de los claros horizontes.
 Esto ha de ser, si vos...
 REY. Mi firma sea
 tu salvaguardia.
 BERNARDO. Firmareis?
 REY. Y libre.

permita Dios que vea
pronto al conde tu padre.

BERNARDO.

Entonces, vamos.

REY.

¡Cuanto lo desea
mi corazón!

BERNARDO.

Firmad. (*acercándose á la
mesa*)

REY.

Antes espero...

BERNARDO.

Adonde vos estais, sois el primero.

REY.

¡Quiera el cielo que al fin nos entenda-
(mos!

¿Estas contento ya! (*firman los dos*)

BERNARDO.

Seré dichoso.

No en vano de piadoso
alcanzais en el mundo el alto nombre,
y un rey piadoso, es Dios, es mas que
(un hombre.

Tomad, pues, este pliego que á D. Arias
arranqué en buena lid.

REY.

Solo el objeto

disculparte pudiera de mi enojo.

BERNARDO.

Confieso que imprudente fué mi arrojó;
mas ya veis que, aunque pude, del cas-
(tillo

al conde no saqué, pues discurrillo
solo sin vuestra venia y real decreto,
fuera, señor, faltaros al respeto.

REY.

¿Despedirás tus gentes, no habrá guerra
de hoy mas entre los dos, ni ya mi tierra
tendrá que sufrir....

BERNARDO.

Nada;

y harto lo digo con dejar mi espada
en rehenes, señor.

REY.

Pues bien, ahora
que alcanzas la fortuna
tanto tiempo anhelada, corre á Luna
y vuelve con el conde.

BERNARDO.

Antes la mano
me daréis á besar.

REY.

A Dios. (*váse.*)

BERNARDO.

El colme

de venturas el trono castellano.

ESCENA X.

BERNARDO.

¡Gracias te doy, Dios mio! Tú que sa-
 (bes
 del pecho humano los misterios hondos,
 tú que del cielo la estension inmensa
 y las flores animas con tu soplo,
 tú, condolido de mi acerba suerte,
 tocaste el corazon del rey Alfonso.
 Voy á ver á mi padre, á conocerle,
 á estrecharle en mis brazos! Oh! de gozo
 no cabe el corazon dentro del pecho;
 lágrimas de placer bañan mis ojos!
 Tras largos años de horfandad, á ha-
 (blarle
 voy por la vez primera; presuroso
 quiero partir, vefoz es mi caballo
 como la luz del sol, y no habrá estor-
 (bos
 á su carrera, si la dura espuela
 despierta sus intentos generosos.
 Pero.... mi prima aquí! que de mi la-
 (bio
 lo escuche, quiero que lo sepan todos.

ESCENA XI.

BERNARDO—MARIA.

MARIA.

¿Bernardo en Palacio?

BERNARDO.

El cielo

os guarde, doña Maria.

MARIA.

Dábaos en el Carpio. Nadie
 me habló de vuestra venida,
 y aun os juzgaba enojado

con el rey.

BERNARDO. Ya mi desdicha
cesó.

MARIA. (¡Ay de mí, ese contento
despedaza el alma mía!)
¿Pues como así?

BERNARDO. Don Alfonso,
cuya piadosa justicia,
cuyas bondades escelsas
de todos son conocidas,
asentar paces conmigo
quiso en Leon este dia.

MARIA. ¿Y las paces se firmaron?

BERNARDO. En ellas puse mi firma.

MARIA. Y Alfonso....

BERNARDO. Firmó tambien.

MARIA. Pues no comprendo ese enigma;
cederíais.

BERNARDO. Nunca cede
Bernardo, si no le obligan
razones muy poderosas.

MARIA. Luego hubo razones....

BERNARDO. Dignas
de Alfonso y de mí; le entrego
el Carpio, en mis correrías
cesó, y me vuelve á mi padre.
(¡Dios me valga!)

MARIA.

BERNARDO. Mas, me admira
veros triste; en vuestros ojos
no sé que mirada brilla
de dolor.... ¡muera á lanzadas
si hartó no me pesa, prima!
Decidme que algun menguado
os agravió, y por mi vida
que he de arrancarle la suya
aunque se acoja á la misma
casa del rey. Demos campo
ahora á nuestra alegría;
que cuando venga mi padre
á Leon, danzas festivas
ha de haber en todo el reino

y funciones nunca vistas.

Alegráos, pese al diablo!

(¡Qué corazón!)

MARIA.

BERNARDO.

Me dá grima.

veros así.

MARIA.

¡Oh! (Ya no puedo ocultarlo.) ¿No adivina, Bernardo, de mi tristeza la causa?

BERNARDO.

Vais á decírmela si os place, si no quereis que con vos tambien me aflija.

MARIA.

Pues, sabed que cuando salga el conde de la sombría torre de Luna, mi mano...

BERNARDO.

Oh! vuestra voz no prosiga, que no sé ya, vive el cielo! como mi furor reprima.
¿Con qué se empeñan aun, don Arias Godos, que aspira á vuestro amor, y Melendez vuestro hermano, en que seais víctima de la libertad del conde?
¿Con qué al fin os sacrifican?
No ha de ser.

MARIA.

¿Qué eso digais?

BERNARDO.

Terco soy!

MARIA.

Y yo mi dicha cifro en que vivais feliz.

BERNARDO.

Mas vuestros ojos indican pesares, y son espejo del alma.

MARIA.

Comprometida está mi palabra, y fuerza al fin me será cumplirla. Está la Reina por medio tambien, y ya veis...

BERNARDO.

¡Oh! de ira me abraso: comprendo ahora las razones, porque el día que llegué de Roncesvalles,

á mis finezas solícitas
 contestásteis con desdenes
 que nunca esperar debía.
 ¿Qué es esto, cielo? ¿Qué sino
 fatal, qué estrella maldita
 me persigue en todas partes
 y es de mi calma enemiga?
 No importa: nunca postrada
 será mi arrogancia altiva;
 y lucharé con mi suerte,
 en tanto que no se estinga
 mi aliento.

MARIA.

Y así Bernardo
 en la adversidad se irrita?
 Mal os conocí, mas fuerte
 vuestro corazón creía.
 Ya de que cedais es tiempo,
 ya es crueldad ver que espira
 vuestro padre en un castillo
 y que por una porfía
 de su hijo, no se rompen
 sus cadenas.

BERNARDO.

¡Oh! maldita
 mi suerte! Pero, decidme:
 ¿El Rey Alfonso, noticia
 tiene de los sordos planes,
 de las ocultas intrigas,
 á que Godos y Melendez
 se propusieron dar cima?
 Sospecho que no.

MARIA.

BERNARDO.

Eso mismo
 es lo que yo discurría.
 Pues bien, prima. En don Alfonso
 mis esperanzas se cifran,
 Saldrá mi padre de Luna,
 daremos la vuelta aprisa,
 y lo demás confiémoslo
 á la justicia divina,
 que al fin no es de bronce el pecho
 de vuestro hermano, en quien brillan
 altas prendas, y yo espero

que á nuestros ruegos se rinda.
 Voy, pues, á Luna; esperanza
 y á Dios. (*al salir ve al alcaide y
 vuelve.*)

MARIA.

El cielo os asista.

ESCENA XII.

Dichos. EL ALCAIDE.

ALCAIDE. (Esperanza! no hay ninguna!)

BERNARDO. ¿Viendo al alcaide no estoy?

ALCAIDE. ¿Dónde vais?

BERNARDO. A Luna voy.

Y vos?

ALCAIDE. Yo vengo de Luna.

BERNARDO. Entonces allí habreis visto... (*agitado.*)

ALCAIDE. ¡Ojalá que no le viera!

BERNARDO. Alguna desdicha fierá... (*sobresaltado.*)

MARIA. Acaso...

BERNARDO. Acabad por Cristo.

Mi padre...

ALCAIDE. Que no sabeis
 nada, entiendo.

BERNARDO. No vais mal,
 pero...

MARIA. (Una nueva fatal
 trae.)

ALCAIDE. No me preguntéis;
 harto he dicho para vos...

BERNARDO. ¡Oh!

ALCAIDE. ¡Valor! (*Dándole la mano*)

BERNARDO. ¡Si fuese cierto! (*Como adivinando lo que vá ha decir el Alcaide.*)
 ¡Ha muerto mi padre!

ALCAIDE. ¡Ha muerto!
 (*Pausa.*)

BERNARDO. ¡Era justicia de Dios! (*Con resignación.*)

Quise oponerme á su ley,

luché, me venció... en buen hora!
Con el Rey dejadme ahora
unos momentos.

ESCENA XIII.

Dichos, UN PAGE ANUNCIANDO, DESPUES EL REY.

PAGE.	¡El Rey!	(<i>Váse.</i>)
ALCAIDE.	Temo por vos.	(<i>á Ber.</i>)
BERNARDO.	¡Esto mas!	
	nada temais.	
MARIA.	¡Voy sin vida!	(<i>Váse.</i>)
ALCAIDE.	¡Le observaré á la salida!	(<i>Váse.</i>)
BERNARDO.	¡Y no he de verle jamás!	
REY.	(¿Aun no salió?) Pesiami!	
	Poco os importa, en verdad,	
	del Conde la libertad	
	cuando aun os encuentro aquí.	
	Y miro, con sentimiento	
	de sorpresa, en vuestros ojos	
	en vez de placer, enojos:	
	dolor en vez de contento.	
	¿Que hay pues? Responded. ¿Acaso	
	algun oculto enemigo	
	os ha puesto á mal conmigo?	
	¿Anduve con vos escaso	
	en mercedes, cuando tales	
	muestras veo? ¿Mas propicia	
	ya mi severa justicia	
	no reparó vuestros males?	
BERNARDO.	(Oh! nadie vé la afliccion,	
	si no se espresa con llanto!)	
REY.	Qué decís?	
BERNARDO.	¡Y abrasa en tanto!	
	el alma y el corazon!)	
	Mi padre ha muerto, gran Rey.	
REY.	¿Qué estás diciendo, sobrino?	
BERNARDO.	Quísolo así del destino	
	la dura y horrible ley.	
	Huérfano quedo en la tierra,	

REY. y pues para mí ya es vano
todo, os besaré la mano
é iré á morir á la guerra.
No: yo calmaré tu duelo
y yo enjugaré tu lloro;
las llaves del Real tesoro
son tuyas, y...

BERNARDO. (¡Yra del cielo!)

REY. Las mas altas dignidades
de mis reinos obtendrás.
y mas que yo Rey serás
de mis villas y ciudades.

BERNARDO. ¡No sé como lo sufrí!

REY. Así tus males prolijos....

BERNARDO. Señor.... si tuviérais hijos
no me hablarais así!...

¿Riquezas darme intentais,
á mí, que con estos brazos
por un trono hecho pedazos
os dí el trono en que os sentais?
¿Que al Cántabro destrocé,
que al Africano vencí,
que contra la Francia fuí
y á la Francia castigué?

REY. De esas famosas hazañas
testimonio pueden dar
los cráneos que aun blanquear
se miran en las montañas.

Por eso yo con usura
quisiera premiar tu celo.

BERNARDO. ¿Y me ofreceis, ¡vive el cielo!
riquezas en mi amargura?
¡Oh!

REY. ¡Bernardo! (Tendiéndole los brazos.)

BERNARDO. ¿Es desvarío?
No, me comprendisteis ya.

REY. Tu padre, Alfonso será.

BERNARDO. Oh! padre! (arrojándose en los brazos del Rey.)

REY. Ven, hijo mio!

Conozco tu corazón: (*enternecido.*)
 mas quieres en tu horfandad
 mi cariño y mi amistad
 que no el trono de Leon.

BERNARDO. Si, padre: y vuestro saber (*rumor.*)
 y experiencia en los consejos,
 me harán conducir muy lejos
 vuestras huestes á vencer.
 Y paz habrá, que un estado
 para tenerla dichosa
 no ha menester otra cosa (*crecen los rumores.*)
 que un buen Rey y un leal soldado.
 REY. Pero ese rumor me estraña.

ESCENA XIV.

Dichos, D. ARIAS.

ARIAS. Señor...
 REY. ¿Que quereis?
 ARIAS. La paz
 se altera de la ciudad
 si no soltais á Saldaña.
 Y yo á sus ruegos unido...
 BERNARDO. ¿Qué le vais á responder?
 REY. (Por Dios que no sé que hacer,
 y se va aumentando el ruido...) *Bien. Pensaremos ahora...*
Aquí la Reina!

ESCENA XV.

Dichos-LA REINA.

REINA. Señor,
 atended á ese clamor:
 yo os lo suplico. (*El Rey y Bernardo
 se retiran al balcon y se hablan.*)
 EL REY. Señora...

ARIAS. Hoy se logrará mi afán, (*á la reina.*)
aunque el Rey me muestra enojos;
pero... ¿qué es esto? mis ojos
viendo al Alcaide no están?

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos.—EL ALCAIDE.—DOÑA MARIA Y MELENDEZ.

REINA. Callad por ahora. (*á D. Arias.*)
ARIAS. Bien.
REY. Ya dirá el Alcaide...
ARIAS. Estoy.
(A triunfar al fin voy
de su orgulloso desden.)
REY. ¿Eso ha de ser? (*bajan al proscenio.*)
BERNARDO. Ya os lo digo,
á la guerra voy.
REY. Sobrino...
BERNARDO. (Que aun teme de mí imagino.)
REY. Vuestra partida me aflige.
Pero ese pliego...
BERNARDO. ¿Cuidado (*sacando
el pliego.*)
os da? fíaos de mí!
REY. ¿Que haceis?
BERNARDO. Contestar así. (*rómpelo.*)
El Carpio os será entregado.
REY. Oh! me avergüenza!
BERNARDO. Maria.
á partir voy de Leon.
MARIA. (Me desgarra el corazón.)
BERNARDO. Pero volveré algun dia.
Alivio busco á mi mal
de la guerra en los furores.
MARIA. ¡Ay desdichados amores!
en hora nací fatal!
BERNARDO. Enjugad, María, el llanto,
que en saliendo de esta empresa

yo os cumpliré mi promesa
de Dios en el templo santo.

REINA.

¿A Leon abandonais,
Bernardo? Por Dios, no acierto...
Explicaos.

BERNARDO.

Mi padre ha muerto.

ARIAS.

¡Qué escucho!

REINA.

¿Qué es lo que hablais?

MARIA.

(¡Desventurado!)

BERNARDO.

¿Quereis

Melendez, dadme los brazos?

MELENDEZ.

Oh! sí!

BERNARDO.

Don Arias, espero
que sereis buen caballero
en adelante, de lazos
arteros no hagais alarde,
no forjeis cuentos jamás,
ni olvideis que eso no mas
es propiedad del cobarde.

(*crecen los
gritos.*)

A nadie cuenta daré
de lo que os pasó conmigo.

ARIAS.

Tan generoso enemigo
mi amistad merece á fé!

REY.

Dáme ya serios temores
el alboroto.

BERNARDO.

Pues no
temais porque ahora voy yo
á calmar esos rumores.
Nadie á vos se ha de atrever
mientras yo esté á vuestro lado.

REY.

(Oh, que tarde le he pagado
ese noble proceder!)

ARIAS.

(Mi plan pereció del todo,
con el conde.)

REY.

¿Y qué pensais
hacer? (*á Bernaráo.*)

BERNARDO.

A saberlo vais.

REY.

De qué modo?

BERNARDO.

De este modo.

Del pueblo pronto la saña

á mi voz se aplacará.

Bernardo se acerca al balcon desde el cual y como luchando con su dolor y el heróico sacrificio que vá á hacer, e-clama en alta voz dirigiéndose al pueblo.

¡Leoneses, libre es ya
el buen conde de Saldaña!

VOCES dentro. Viva el rey!

OTRAS.

Viva!

BERNARDO.

Señor,

ya el pueblo te aplaude.... mira;

ya tranquilo se retira. (*se acerca el Rey al balcon.*)

Oh! bien merece tu amor. (*bajan al proscénio.*)

REY.

Bernardo, no has de partir. (*suplicándole.*)

BERNARDO.

Si partiré, pese á quien.

Yo sé lo que me está bien
y mi voto he de cumplir.

REY.

Ahora que penas crueles
por tu padre estás pasando...

BERNARDO.

Mejor que honrarle llorando,
le honraré matando infieles.

Vá aqui mi leal amigo (*señalando á su espada.*)

mas si adversa es mi fortuna,
pues con él jugué en la cuna,
baje al sepulcro conmigo.

Guerra á los moros fronteros
juro y á su falsa ley...

Quédese con Dios el Rey.

Adios. (*á Maria que le quiere detener;
y luego levantando la voz y
abriéndose paso.*)

¡Paso, caballeros!





Catálogo de las obras dramáticas de la propiedad del Círculo Literario Comercial, estrenadas últimamente en los teatros de esta corte, y con especialidad en el Teatro Español.

RAMAS EN TRES Ó MAS ACTOS.

¡Dadil el chico.
 Arcía de Paredes.
 Bernardo de Saldaña.
 Dos de mayo.
 Fuego del cielo.
 Cardenal y el ministro.
 Ara.
 Iago Corrientes ó el Bandido generoso.
 Roberto el Normando.
 Don Francisco de Quevedo.
 Juramento.
 Nobleza Republicana.
 Mauricio el Republicano.
 Doña Juana la loca.
 Bufon del Rey.
 Hijo del Diablo.
 Voto y una venganza.
 Últimas horas de un Rey.
 Don Bravo el Comunero.
 Reina Sara.
 Antonio de Leiva.
 Abel la Católica.

COMEDIAS EN TRES Ó MAS ACTOS.

Verdadero hombre de bien.
 Esclava de su galan.
 Dides dobles de amor.
 Buen Santiago.
 Cado y expiacion.
 Fortuna te dé Dios, Hijo!
 Se venga quien bien ama.
 Estudiantina, ó el diablo de Salamanca.
 Escala de la fortuna.
 Pas y sombreros.
 Por con amor se paga.
 Hidalgo aragonés.
 Ya es tarde!
 Cuarto con dos alcobas.
 ¿Qué es el mundo!
 ¿Do se queda en casa.
 Voluntad del difunto.
 Ceniza en la frente
 Desde Toledo á Madrid.
 Rey de los Primos.
 Matrimonio á la moda.
 Bien bien te quiera te hará llorar.
 Arica-enreda.
 Aquezas y Desengaños.
 Amistad ó las Tres épocas.
 Diablo las carga.
 Aque y Defensa.
 Mesillo el aturdido.

Caprichos de la Fortuna.
 Achaques del siglo actual.
 Embajador y Hechicero (de magia.)
 A un tiempo amor y fortuna.
 El Oficialito.
 ¿Quién es ella?
 A quien Dios no le dá hijos.....

DE UNO Y DOS ACTOS.

La Ley sálica.
 Un casamiento por hambre.
 Antes que todo el honor.
 ¡Un divorcio!
 La hija del misterio.
 Las cucas.
 Gerónimo el Albañil.
 María y Felipe.
 Los dos amigos y el dote.
 Los dos compadres.
 Otro perro del hortelano.
 No mas secreto.
 El Vizconde Bartolo.
 No hay chanzas con el amor.
 Manolito Gazquez.
 ¡No hay felicidad completa!
 El premio de la virtud.
 ¡Un bofetón... y soy dichosa!
 De casta te viene al galgo.
 El Retratisa.
 Sombra, fantasma y muger.
 Percances de un apellido.
 El turrón de noche-buena.
 El Corazon de un bandido.
 Treinta dias despues, *segunda parte*
del Corazon de un bandido.
 ¡Un ente singular!
 La carta del sello negro.
 Juan el Perdío.
 Un Contrabando.
 La Casa deshabitada.
 Mi media Naranja.
 Infantes improvisados.
 Por amor y por dinero.
 Estrupicios del amor.
 Clases Pasivas.
 Un Angel tutelar.
 Cuerpo y sombra.
 Las jorobas.

ZARZUELAS.

El Duende.
 Colegialas y Soldados.
 Misterios de bastidores.
 El Alma en pena.
 La noche-buena.
 Una tarde de toros.

PUNTOS DE VENTA.



Por suscripcion **50** por **100** de rebaja.

En Madrid en las librerias de Rios, calle de Carretas,
y Cuesta, calle Mayor.

EN PROVINCIAS.

Albacete.	Herrero y Pedron.	Logroño.	Ruiz.
Alcalá.	Moreno.	Lugo.	Pujol.
Alcoy.	Martí y Roig.	Málaga.	Moya.
Algeciras	Castaño y Monet.	Mataró.	Cabot.
Alicante.	Ibarra.	Murcia.	Molina.
Almaden.	Quiroga.	Ocaña.	Calvillo.
Almería.	Vergara y comp.	Orense.	Gomez Novoa.
Andujar.	Torre.	Oviedo.	Longoria.
Astorga.	Barrio y Gudiel.	Palencia.	Camazon.
Avila.	Aguado.	Palma.	Rullan Hermanos.
Badajoz.	Viuda de Carrillo.	Pamplona.	Azpilcueta.
Baeza.	Alambra.	Plasencia.	Pis.
Barcelona.	Oliveres.	Pontevedra.	Verea Varela.
Bejar.	Olleros.	Puerto de Santa	
Benavente.	Fidalgo Blanco.	María.	Valderrama.
Bilbao.	Delmas é Hijos.	Reus.	Vidal.
Burgos.	Villanueva.	Ronda.	Moreti.
Cáceres.	Valiente.	Salamanca.	Oliva.
Cádiz.	Moraleda.	San Fernando.	Meneses.
Calatayud.	Larrága.	Santa Cruz de Te-	
Carmona.	Moreno.	nerife.	Ramirez.
Cartagena.	Benedicto.	Santander.	Riesgo.
Castellon.	Moles.	Santiago.	Sanchez y Rua.
Ciudad-Real.	Gonzalez.	San Sebastian.	Baroja.
Ciudad-Rodrigo	Perez.	Segovia.	Alejandro.
Córdoba.	Manté.	Sevilla.	Santigosa.
Coria.	Muñoz.	Soria.	Rioja.
Coruña	Sischká.	Talavera.	Castro.
Cuenca.	Mariana.	Tarragona.	Puigrubí y Canals.
Ecija.	Jimenez.	Teruel.	Lopez.
Ferrol.	Tajonera.	Toledo.	Hernandez.
Gerona.	Oliva.	Toro.	Rodriguez Tejedor.
Granada.	Zamora.	Trugillo.	Hernandez.
Guadalajara.	Perez.	Tuy.	Martinez Gonzalez
Huelva.	Portefaix.	Valencia.	Mateu y Garin:
Huesca.	Viuda de Galindo.	Valladolid.	Rodriguez.
Jaen.	Sacrista y comp.	Vigo.	Sotero.
Jerez de la Front.	Bueno.	Vitoria.	Ormilugue.
Jijon.	Delgrás.	Ubeda.	Sabater.
Leon.	Redondo.	Zamora.	Pimentel.
Lérida.	Sol.	Zaragoza.	Polo.

El CIRCULO LITERARIO COMERCIAL se halla establecido
en la calle de Fuencarral, número 2, cuarto entre-
suelo, casa de Astrarena.